LEOPOLDO MARECHAL

VIDA DE SANTA ROSA DE LIMA

COLECCIÓN BUEN AIRE

LEOPOLDO MARECHAL

VIDA DE SANTA ROSA DE LIMA

EMECÉ EDITORES, S. A. - BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito que previene la Ley núm. 11.723
Copyright by Emecé Editores, S. A. - Buenos Aires, 1943

I. LOS NOMBRES DE LA ROSA

En Lima, la "Ciudad de los Reyes", que a la sazón contaba medio siglo de existencia, nació Rosa de Santa María, el 20 de abril de 1586: nació, vivió y murió en el seno de la digna pobreza; y con sus propias manos edificó su yermo en un rincón de la huerta familiar, bajo un puñado de constelaciones australes, donde se entregó a los más rudos trabajos de la mortificación, tal como si hubiera querido hacer por sí misma la penitencia de todo un mundo y dar, con su fidelidad y amor al Esposo Místico, satisfacción de tantos desamores e infidelidades.

El 25 de mayo de 1586, cuarenta y cinco días después de su nacimiento, Rosa fué bautizada en la parroquia de San Sebastián de Lima, y con el agua del bautismo recibió el nombre de Isabel, que lo era de su abuela materna; pero circunstancias maravillosas hicieron que no lo llevase muchos días. Aconteció tres meses después que, ocupándose una sirvienta india en mecer a Rosa en su cuna, levantó el paño que velaba el rostro de la niña y la vió tan extremada en hermosura que al punto llamó a las mujeres de la

vecindad para que la contemplasen. Al tumulto de aquellas voces acudió María de Oliva, madre de la santa: consideró el prodigio de aquella carita infantil, iluminada y hecha una rosa viva; y prometió, en su corazón, no llamarla en adelante con otro nombre que el de Rosa. El voto materno se cumplió, y con tal nombre fué creciendo la niña, no sin disgusto de su abuela, que la castigaba cuando respondía al nombre de Rosa; si, por el contrario, respondía al de Isabel, era su madre quien le daba los bofetones consabidos; y ha de saberse que Rosa los recibía con admirable paciencia, como si en verdad mereciese el rigor con que se la trataba.

Por fortuna, la querella de los nombres terminó cuando el arzobispo de Lima, al confirmarla, la llamó Rosa providencialmente. Sin embargo Rosa tendría más tarde una segunda y milagrosa confirmación de su nombre, y sucedió así: adelantaba ya en la edad de la razón cuando un día, noticiosa del cambio que había sufrido su nombre, entró la niña en graves dudas, recelos y congojas; porque se preguntaba si no habría delito en haber trocado su nombre verdadero (el que recibió en la pila regeneradora) por aquel otro nombre que ahora llevaba y que se había originado en un arranque de orgullo maternal y en una fortuita comparación con la rosa terrena. Y estando así un día rumiando sus dudas y postrada en el suelo delante de la Virgen del Santísimo Rosario, imploró el auxilio de Nuestra Señora para que la iluminara en tan espinoso conflicto; y la misma Virgen se dignó responderle que aquel nombre de Rosa era muy grato al Niño Jesús, y que no sólo debería llevarlo, sino agregarle el de Santa María, con lo cual uniendo el nombre de la

Rosa Celeste al de la rosa terrestre que llevaba, la niña vino a llamarse dos veces Rosa y a entender, por añadidura, "que su alma se había transformado en una rosa consagrada al amable Jesús Nazareno".

II. INFANCIA

Apacible y dulce, Rosa fué alegría de los suyos en su primera edad. Pero desde los tres años en adelante se reveló en ella la heroica virtud de sufrir con paciencia los males que ya le deparaba el cielo. Cierta vez, al cerrar un arcón, la maciza tapa del mismo le magulló un dedo; pero Rosa, que sólo contaba tres años, disimuló sus dolores ante los inquietos ojos maternales; a los pocos días, como la infección hiciera su obra, el mal de la niña se puso de manifiesto, y el cirujano Juan Pérez de Zumeta debió arrancarle a tirones casi toda la uña, sin que Rosa diera señales de sufrir tan bárbara operación. Poco después, y antes de cumplir los cuatro años, se le formó una postema en el oído: nuevamente debieron intervenir los hierros del cirujano, y mientras los presentes se desmayaban al ver la sangre de la niña, Rosa miraba sin espanto alguno aquellos chorreones de su sangre que le correían hasta los hombros. Un año después la cabeza se le llenó de fastidiosos empeines: su madre, acudiendo a la no siempre feliz medicina casera, le aplicó entonces un emplasto que lejos de calmarla le abrió terri-

bles ampollas; durante toda una noche la niña estuvo en cama, junto a su madre, sin exteriorizar ni con un suspiro el tormento que padecía; y cuando a la mañana siguiente la buena mujer, al sacarle el emplasto, vió las llagas abiertas en la cabecita de Rosa, exclamó llorando:

—¡Miserable de ti, hija mía! ¿Es posible que hayas podido pasar toda una noche abrasada con estos polvos que en tan mala hora se me ocurrió aplicarte?

A lo que la niña respondió describiendo sus dolores como muy llevaderos. Nuevamente, a los seis años de edad, Rosa debió someterse a los instrumentos del cirujano; y por vez tercera el buen galeno, tan habituado a mirar las cobardías de la carne, se maravilló no poco ante la fortaleza de aquel cuerpecito infantil. No sabía entonces que el cielo, al afligirlo con prematuros quebrantos, sólo probaba la resistencia de aquel cuerpo destinado a cumplir más tarde una rigurosa imitación de los dolores de Jesucristo.

Al mismo tiempo que así se manifestaban sus virtudes heroicas, despuntaba en ella la vocación por las cosas de arriba, en un alegre amanecer de su entendimiento y su voluntad ya dirigidos espontáneamente a Dios, como el agua se dirige a su nivel. A la edad en que los niños hacen de sus juegos un simulacro de las acciones terrenas que han de cumplir más adelante, Rosa convertía los suyos en un simulacro de las acciones divinas a que su vocación la llamaba: sólo tenía cuatro años, y al jugar con la indiecita Mariana, su amiga y confidente, le suplicaba que la cargase de troncos pesados, adobes y cruces de leño, bajo los cuales recorría el huerto familiar, cayendo aquí, levantándose y reiterando su caída, a imitación de las que tuvo Nuestro Señor en su ruta del Calvario.

Cierta vez un hermano suyo, bastante mayor en edad, jugando con Rosa le tiró un puñado de barro a los cabellos. Como la niña se ofendiera y lo amenazara con abandonar el juego, su hermano le dijo, ahuecando la voz y gesticulando como los predicadores:

—¡Oh hermana, que así te ofendes al ver manchados de lodo tus cabellos! Sabe que los rizos femeninos son redes infernales en las que los mancebos incautos no tardan en caer hasta dar en el fuego eterno. Y sabe que por eso Dios aborrece los cabellos de las mujeres.

La broma del muchacho no resonó como tal en los oídos de Rosa: por el contrario, aquellas palabras adquirieron en su inteligencia infantil un sentido aleccionador y terrible. Fué así que comenzó a detestar sus rubios y hermosos cabellos, hasta que más adelante se los cortó de raíz, sin saberlo su madre, para no atraer con ellos a los hombres que pudieran un día solicitarla en matrimonio y ofender al Esposo divino al que ya se había consagrado ella en la intimidad de su alma.

III. EDUCACIÓN DE ROSA

Rosa aprendió a leer y a escribir sin maestro alguno; y, lectora incansable de libros piadosos, fué conocida su predilección por los de fray Luis de Granada. En su hogar industrioso y humilde aprendió a maravilla los útiles trabajos femeninos: el hilar, el coser, el bordar y el tejer. Y con no menos facilidad aprendió sin maestros la música, el canto y la poesía: sin saber cómo, se la vió de repente tocar el arpa, la cítara y la vihuela, con las cuales se acompañaba para cantar letrillas de su invención consagradas al místico Esposo, como aquella que decía:

"*¡Ay, Jesús de mi alma,*
qué bien pareces
entre flores y rosas
y olivas verdes!"

Cierto es que algunas veces su cítara estaba sin cuerdas. Pero, ¿qué importan diez cuerdas de metal, si el músico lleva la canción en el alma? Rosa la tocaba lo mismo, porque al simulacro de sus dedos en

la caja sin cuerdas respondían siempre las encendidas notas de su corazón.

Así crecía Rosa en abundancias del amor divino. Pero, ¡ay!, no tardó en hallarse frente a un trabajoso dilema: por una parte, debía guardar obediencia al místico Esposo que la llamaba y la inducía por extraordinarios senderos; por la otra, les debía obediencia a sus familiares que, sin reparar aún en aquella vocación, trataban de inducirla en los caminos ordinarios del mundo, en las pompas del siglo, en las vanidades terrestres. ¿Cómo responder a esas dos instancias tan opuestas? Una vez, estando Rosa de visita con su madre, algunas señoras le pidieron que se pusiese una guirnalda de flores que alguien había dejado en la habitación. La niña se negó, insistieron las damas y Rosa volvió a negarse, porque sin duda clamaba en su corazón:

—¡Mal puede coronarse de flores la que tiene un Esposo coronado de espinas!

Intervino entonces la madre de Rosa, para ordenarle que obedeciera; y la niña se puso la corona, no sin sujetársela con disimulo mediante un grueso alfiler que clavó profundamente en su cabeza: de tal modo, sin desobedecer a su madre, seguía en la obediencia de su amado celeste. Otra vez su madre le compró unos guantes costosos que Rosa debía llevar durante la noche, como lo hacían otras doncellas, para cuidar y aumentar la hermosura de sus manos; la pobre se negó valientemente, obstinóse su madre, y pudiendo más en Rosa la obediencia que el disgusto resolvió llevar los guantes mientras dormía; pero no bien se los puso, aquellos guantes empezaron a quemarle las manos; se los arrancó de los dedos y vió que real-

mente despedían llamas; al día siguiente Rosa le contó a su madre el prodigio de los guantes famosos, y la buena mujer, viendo llagadas las manos de su hija, tembló de miedo y se propuso no mortificarla en adelante. Pero aquella tregua no duró mucho: la madre insistía en que Rosa se adornase y embelleciese, al uso de otras doncellas, pues le afirmaba que de otro modo no lograría nunca un casamiento acomodado; la niña se negaba siempre, hasta que llegó a recibir insultos y golpes. Un día, como su obstinada madre le ordenara ponerse un vestido de gran adorno, Rosa le pidió licencia para consultar a su confesor: le fué concedido sin entusiasmo, el confesor oyó a la niña, y advirtiendo el peligro que corría una vocación tan remontada visitó a la madre y la amonestó severamente. Desde entonces Rosa vistió el traje rústico que a su inclinación convenía, hasta cumplir los veinte años de edad en que recibió el hábito de Santo Domingo, ya diremos cómo.

Muchos son los ejemplos de la obediencia que Rosa profesó a su madre y de las pruebas que su madre realizó con la misma. Cuentan que una vez, estando Rosa con sus familiares en un distrito minero del Perú, contrajo una enfermedad propia del clima que su madre, fiel a la medicina doméstica, intentó curar envolviendo a la niña en unos ásperos cueros de animales; así lo hizo, ató las pieles con fuertes vendas y le ordenó a Rosa que de ningún modo se las quitase. Pasaron cuatro días, y la excelente mujer se olvidó del incómodo remedio que pesaba sobre su hija; pero, acordándose al fin, le preguntó a Rosa si estaba mejor de salud y si se había quitado las pieles.

—En cuanto a la salud, no va mejor — le contestó

Rosa —. En cuanto a las vendas, no las he tocado. Su madre las desató entonces, retiró las duras pieles y vió el cuerpo de la niña cuajado de llagas:

—¿Cómo has podido pasar días y noches en este tormento, sin sacarte las vendas que así te martirizaban? le preguntó llena de asombro.

—Me mandaste que no las tocara, le respondió Rosa con admirable sencillez.

Otra vez, y en el deseo de probar su obediencia, ordenóle su madre que bordara unas rosas, pero al revés del dibujo, cambiando el orden de las puntadas y yendo contra todas las leyes del bordado. La niña obedeció sin decir palabra, y fácil es adivinar cuál fué el resultado de sus agujas. Poco después, observando la extraña labor:

—¿Qué has hecho? le preguntó su madre. ¿Éstas son flores o monstruos? ¿Así malgastas la seda y el tiempo?

—Aunque no entiendo mucho de labores — le respondió Rosa —, también a mí me parecía que la obra no andaba bien. Pero, como así me lo mandaste, no me atreví a ejecutar lo contrario.

La virtud de obediencia que Rosa ejerció, no sólo con sus padres, sino con cuantas personas llegaron a tener autoridad sobre ella, llegó a ser uno de los más conocidos atributos de la virgen, al cual se recurrió hasta después de su muerte. Cuéntase que una vez, en el convento de Santa Catalina de Lima, una sirvienta perdió una cuchara de plata: se la buscó inútilmente por todos los rincones; y al fin, la priora del convento, deseando aclarar la desaparición de la cuchara, no por lo que valía sino para disipar las sospechas de robo que podrían recaer en algún inocente, se dirigió de súbito a una imagen de la finada Rosa y le dijo:

—Óyeme, Rosa: en el nombre de la obediencia que me deben las de esta casa, te mando que hagas aparecer la cuchara perdida, y que sea pronto, antes de que yo vuelva de Vísperas.

Se fué la priora, y al volver del oficio encontró la cuchara sobre la mesa de una celda que había revisado mil veces. ¡Hasta después de muerta obedecía la pobre virgen!

IV. DE CÓMO ROSA CONSTRUYE SU CELDA

Con todo, la situación de Rosa no se había definido aún ni para sí misma ni para los suyos. Por un lado su madre, viéndola tan hermosa, tan hábil en los trabajos femeniles y tan admirada ya por todos los que la conocían, no dejaba de soñar un casamiento ventajoso para el cual, ciertamente, no faltaban candidatos, y entre ellos el hijo único de una noble matrona limeña. Rosa, que siguiendo los pasos de Santa Catalina de Siena se había cortado los cabellos y no perdonaba mortificaciones y ayunos con el objeto de afearse, rehusaba toda ocasión de satisfacer las ambiciones maternas, por lo cual, y a diario, recibía de sus padres y hermanos insultos, puntapiés y bofetadas. Por otra parte, los que seguían con ojos atentos su extraordinaria vocación religiosa no dejaban de aconsejarle la reclusión monástica, ensalzándole las virtudes de tal Orden o de tal otra. Pero Rosa, cuyos pasos, desde la niñez, parecían conducidos misteriosamente desde arriba, no daba señales de resolverse por ninguna, como no fuera por la Tercera orden de Santo Domingo cuyo hábito también

había llevado Santa Catalina, su maestra y espejo en que se miró hasta el fin.

Cierta vez, urgida por sus confesores y amigos (aunque con el alma llena de vacilaciones), decidió ingresar en el convento de la Encarnación, de religiosas agustinas. La fecha de su ingreso era el domingo siguiente; y, llegado el día, Rosa se dirigió con su hermano a la santa casa; mas al pasar frente a la iglesia de Santo Domingo sintió el deseo irresistible de entrar un instante y pedirle su bendición a la Virgen del Rosario que tantas veces la socorriera y aconsejara. Entró, pues, se arrodilló frente al altar; y no bien lo hizo le pareció que sus rodillas arraigaban en las losas; trató de moverse, pero no lo consiguió; urgida por su hermano que ya le reprochaba esa demora, la niña probó inútilmente levantarse del suelo. Permaneció allí clavada, reconoció que algún prodigio estaba operándose con ella, y volviéndose por fin a la Virgen le dijo:

—Te prometo, Señora, volverme desde aquí a la casa de mis padres, y hacer de ella mi retiro y monasterio hasta que dispongas otra cosa.

No bien hubo acabado esas palabras la niña se sintió libre de la fuerza que la retenía; y, renunciando al convento agustino, volvió a su hogar con gran sorpresa de todos.

Sin embargo, el problema subsistía. Más que cualquier otro, el hábito de Terciaria de Santo Domingo continuaba atrayéndola, no sólo porque lo hubiese llevado Santa Catalina, sino por entender que su humildad cuadraba mucho a los intentos que perseguía. Estando así, una vez, hundida en sus cavilaciones y mirando el hábito blanco y negro de los Predicadores,

vió llegar una gran mariposa negra y blanca que comenzó a trazar círculos en torno suyo, hasta posársele en el pecho y dibujarle allí un corazón. Arrebatada en éxtasis, Rosa vió un anuncio en aquel prodigio; y sus vacilaciones terminaron al fin. En 1606, día de San Lorenzo, recibió con júbilo la orden Tercera: Rosa tenía veinte años.

Pero sucedió entonces que si la fama de su devoción la señalaba entre las gentes, lastimando su modestia, mucho más lo hacía el hábito que acababa de vestir y que, según ella, le daba un prestigio de virtud que no merecía. Por otra parte, fama y hábito hacían que ya las gentes la señalasen con el dedo y le dijesen por la calle mil alabanzas y lisonjas al oído; por lo cual, terriblemente acongojada, Rosa perdió casi el gusto del hábito que así la comprometía. Entonces, un buen día, volvió a pedirle consejo a la Virgen del Rosario: arrodillóse frente al altar, y sus compañeras de hábito la vieron caer en un éxtasis profundo que le llenó la cara de luces y chispas. Al volver en sí conoció Rosa que se la confirmaba en la Orden, y, volviéndose hacia sus compañeras exclamó, llena de gozo:

—¡Hermanas mías, alabemos a Dios que se ha dignado unirme a sus Terceras! ¡Seamos compañeras fieles y unidas por el vínculo de la caridad!

Deseosa, empero, de rehuir el trato de las gentes y buscar en el retiro aquella soledad que tanto amó siempre y que tanto convenía al terrible juego de sus mortificaciones y oraciones, Rosa decidió construirse una celda o ermita en el huerto de su casa, según se lo había prometido a la Virgen. La idea no era nueva, pues ya en su infancia, y con la ayuda de su hermano Fernando, había construído una choza bajo los

plátanos del huerto familiar, tejiéndola con mimbres y ramas: la tuvo entonces por el mejor oratorio del mundo; erigió adentro un altarcito con su cruz de cartón adornada de flores y plumas; y desde ese punto huyó a los juegos infantiles y a las algaradas domésticas para refugiarse allí, donde la soledad y el silencio iban revelándole tempranamente lo que el cielo aguardaba de ella. ¡Un juego, sin duda, pero con el sentido maravilloso y terrible que la niña dió siempre a sus juegos!

Fué, acaso, el recuerdo de aquel oratorio infantil lo que le sugirió la idea de edificarse una ermita en el mismo lugar: la quería estrecha, no más alta que su propia estatura, con una pequeña ventana y llaves que sólo ella guardaría. Pensaba dedicar allí todo su tiempo a la oración, al recogimiento de su alma y a las labores de mano; y éstas fueron las razones que dió a sus padres cuando les solicitó humildemente un rincón del huerto y la licencia para llevar a cabo su proyectada obra. Con ser tan buenas, su madre negóse una vez más, diciéndole que no quería verla enterrarse en aquella tumba; pero Rosa insistió tanto, y tanto la socorrieron sus oraciones, que al fin la obstinación materna fué vencida, no sin intervención de muchos embajadores, y aun la de la Virgen del Rosario, que nunca le faltaba.

De júbilo fué para Rosa el día en que consiguió el ansiado permiso: su corazón cantaba de gozo, y en su impaciencia sentía que la tarde aquella se demoraba y la noche se detenía. Pero llegó al fin la siguiente mañana, y Rosa, con sus propias manos, llevó los materiales al huerto e inició su obra que acabó en pocos días: la celda medía cinco pies de largo por

cuatro de ancho, y su estrechez no dejó de asombrar luego a uno de los confesores de Rosa.

—Padre — le contestó la niña —, bien cabemos en ella yo y mi Esposo celestial.

En tan angosta celda pasaba Rosa todo el día y parte de la noche, sin recibir otras visitas que las que su confesor autorizaba y con motivos espirituales. Al rayar el alba descendía al huerto, y, antes de entrar en su celda, (¡oh sombra venerable de San Francisco!) la niña invitaba humildemente a los árboles, palmeras y hierbecillas a entonar alabanzas del Creador: entonces (y testigos maravillados lo vieron) los árboles inclinaban sus copas hasta el suelo, las palmeras lo barrían con sus ramos, y todo aquel mundo vegetal se estremecía y susurraba. Ya en la celda, Rosa dedicaba su tiempo a la oración, a la lectura, a la penitencia, a las labores y sobre todo a los éxtasis que la sacaban de sí misma, fuera del tiempo y lejos de toda noción que no fuese la de su místico Amado. Llegaba la noche, y, a través de su ventanuco, miraba el rebaño de las estrellas australes que subían en orden y sosiego: en aquel ejercicio, según confesó ella muchas veces, encontraba gran dulzura y alivio para todos sus cuidados.

¡Pero no faltaban los mosquitos! Por el contrario, la humedad del huerto y la densa vegetación que lo poblaba hacían que nubes de mosquitos zumbaran allí eternamente, invadiendo la celda de Rosa y llenándola con sus trompeterios. Los escasos visitantes admitidos en la celda no tardaron en advertir que, mientras los picadores animales no les daban un punto de sosiego, respetaban en cambio a la virgen eremita sin que ni uno solo se atreviese con ella. Interrogada por algunas matronas a ese respecto, Rosa contestó:

Santa Rosa de Lima. (Xilografía de Juan Antonio)

—Al inaugurar la celda hice un tratado de paz con los mosquitos, de modo tal que ni ellos me pican ni yo los molesto.

Lejos de molestarlos, Rosa los invitaba todos los días a rezar con ella por la mañana y al anochecer, pues les decía que siendo criaturas de Dios no podían buenamente negarle sus alabanzas. Y los mosquitos la obedecían (¡oh sombra venerable de San Francisco!), llenando la ermita de suaves bordoneos.

Sor Catalina de Santa María, de la Tercera Orden, como ella, solía visitar a Rosa en su cabaña, y, una vez, no pudiendo sufrir ya la tortura de los mosquitos, mató a uno de una palmada.

—¿Qué has hecho? le preguntó la virgen. ¿Así matas a mis huéspedes?

—No son huéspedes, le respondió Catalina, sino verdugos carniceros. ¿No ves cuán lleno estaba éste de mi sangre?

A lo que concluyó Rosa:

—No es mucho haber dado tu sangre a ese pobre animalito, cuando nuestro Dios nos alimenta siempre con la suya. En cuanto a los mosquitos, déjalos en paz: yo te aseguro que no volverán a picarte.

Así resultó, en efecto. Y según parece, tal gracia fué concedida también a otros visitantes.

En aquella celda, obra de sus manos, cumplió Rosa buena parte de sus terribles mortificaciones, fué acosada por el demonio y favorecida por el cielo con muchos y notorios prodigios. Narraré aquí dos que le acontecieron con su Ángel de la Guarda, en cuya familiaridad vivió la niña constantemente. Una noche Rosa (que velaba en su celda, como de costumbre, hasta que llegara su madre y le abriese la puerta del huerto)

se sintió acometida de cierto malestar y desmayo; resolvió entonces dirigirse al cuarto de su madre, pero antes de hacerlo le comunicó a su Ángel de la Guarda lo que le sucedía; la madre, viendo el desfallecimiento de Rosa, sacó dos reales de su bolso y despertó a una criada para que fuese a comprar azúcar y chocolate con que hacer un refrigerio.

—No es preciso que te pongas ahora en ese gasto, le dijo Rosa deteniendo a la criada.

—Cómo no hacerlo — le respondió su madre —, si no hay en toda la casa ni una pastilla de chocolate.

—Así es, repuso la niña. Pero yo sé que me lo enviarán ya hecho de casa del contador don Gonzalo.

La madre no disimuló su asombro:

—¿A estas horas quieres que alguien te envíe chocolate? ¿Y cómo ha de saber el contador que lo necesitas?

Insistió Rosa en que no enviase a la criada, dando por seguro que el chocolate no tardaría en llegar. Y en efecto, poco después resonaban aldabonazos en la puerta y un esclavo del contador anunciaba que traía chocolate para la niña Rosa. Cuando el sirviente se fué tras haber dejado una chocolatera de plata, llena de chocolate, Rosa, a instancias de su madre, debió explicar que al sentirse enferma del estómago había enviado a su Ángel de la Guarda para que le solicitase aquel socorro a doña María, la mujer del contador. ¡El Ángel había llevado su mensaje!

Otra vez, a medianoche, Rosa esperaba en su celda a que su madre le abriese la puerta del huerto, a fin de regresar a la casa. Pero la buena mujer, que poseía las llaves, olvidó esa noche a la solitaria del huerto, y Rosa quedó aguardando sin saber qué hacer. De

dronto, a través de su ventana, vió una blanca figura que se movía entre los árboles y la llamaba: reconociendo a su Ángel de la Guarda en aquella figura, Rosa la siguió, dócilmente y sin temor alguno, hasta llegar a la puerta cerrada que se abrió no bien el ángel la hubo tocado. Así llegaron al umbral del aposento materno, donde el ángel desapareció.

Rosa vivió los tres últimos años de su existencia en casa de doña María de Usategui, mujer del contador don Gonzalo, a solicitud de esa buena señora y a instancias de sus padres. De igual soledad y retiro pudo gozar en aquella casa que tan generosamente se le había brindado; pero, con licencia de su confesor, visitaba de cuando en cuando la celda íntima y el huerto familiar en que tan feliz había sido.

V. LA VIDA PENITENCIAL DE ROSA

El santo es un imitador del Verbo en el orden de la Redención, y es así que toda obra de santidad realizada por esas vocaciones admirables que de vez en cuando asombran al mundo, se presenta como un simulacro vivo de la dolorosa pasión del Verbo hecho carne. Santa Rosa de Lima, como pocos, se dió a esa imitación terrible de los dolores de Jesucristo; y sus mortificaciones fueron tan severas que su sola descripción admira y espanta.

La hemos visto ya en su niñez cargando troncos y ladrillos que a su ruego la indiecita Mariana le arrojaba sobre los hombros. Aquella sirvienta indígena creció con Rosa, fué su confidente natural y a menudo el instrumento de sus trabajos penitenciales. Tenía Rosa catorce años apenas, y ya recorría el huerto íntimo bajo el peso de una gran cruz de madera que llevaba en hombros y que la hacía trastabillar y caer de rodillas. Al mismo tiempo, la frecuente consideración de su indignidad y el deseo de humillarse la inducían a pedirle a Mariana que la escupiese y pisotease como a basura, actos que la indígena no dejaba

de cumplir obedientemente, pero sin aquel rigor que Rosa hubiera deseado. Aquellos ejercicios, a pesar de su violencia, no eran todavía sino escarceos infantiles y ensayos ingenuos con que la niña se mostraba delante de su Esposo místico; porque más tarde vendría la obra de penitencia en toda su perfección y meticulosidad.

Aquella obra penitencial tomó la forma de una guerra implacable que Rosa declaró a su cuerpo; pero no fué una guerra desordenada y sin más leyes que las de su violencia, sino una batalla inteligente, bien meditada y mejor cumplida en el estrecho campo de su tierra mortal. Cierto es que los numerosos azotes con que lo disciplinaba, siempre habían sido el pan cotidiano de aquel cuerpo tan débil y tan fuerte a la vez. Pero, cuando recibió su hábito de terciaria, pensó Rosa que no bastarían en adelante las disciplinas que hasta entonces usara, y se fabricó otras de cadenas de hierro, con las cuales todas las noches se azotaba hombros y espaldas, hasta ensangrentar sus ropas y aun las paredes y el suelo de la habitación en que cumplía tan riguroso trabajo. Así como el general planea su ofensiva de modo tal que castigue igualmente todas las potencias del enemigo, así distribuía Rosa sus azotes entre todas las partes de su cuerpo, castigando a unas mientras se curaban las otras y volviendo luego a castigar las heridas apenas cicatrizadas.

Fray Juan de Lorenzana, confesor de Rosa, no tardó en advertir que aquel género de mortificación era excesivo, y le prohibió entonces el uso de la cadena. Afligida en extremo, la virgen le pidió en cambio licencia para darse a corto plazo los cinco mil azotes

que según tradición había recibido Cristo. Cedió el confesor, y la niña, dueña ya de tan fabulosa riqueza, empezó a administrarla con la inteligencia y el celo de un gran ecónomo: darse más azotes de los concedidos habría sido una desobediencia, darse menos una cobardía y emplearlos mal una dilapidación. Temerosa de los tres extremos la virgen calculó los azotes que le tocaban diariamente, y comenzó a dárselos de modo tal que los que le sobraban un día por debilidad de su cuerpo los agregaba en el otro, hasta equilibrar el debe y el haber de su muy dolorosa economía. Por otra parte, si de tal modo imitaba la flagelación de Cristo en el acto, también quería imitarla en sus intenciones, ofreciendo a Dios aquella penitencia como reparación de los insultos, impiedades y trasgresiones ajenos. No había calamidad pública que Rosa no tratara de conjurar abriéndose las carnes, a fin de contener el brazo divino ya pronto a descargarse. Cuéntase que una vez, predicando en Lima el venerable Francisco Solano, dejó caer algunas palabras que el pueblo interpretó falsamente como el anuncio de la destrucción de la ciudad. Rosa, temiendo por su patria, se administró esa noche tal lluvia de azotes que el tumulto de su flagelación atrajo a sus familiares y los llenó de espanto.

Con todo, la virgen no había renunciado a la cadena que le había prohibido Fray Juan: en su fuero interno se decía ella que la prohibición sólo rezaba en cuanto a instrumento de darse azotes, y que, sin desobedecer a su confesor, bien podía ella dar a la cadena de marras un uso que no fuera el de las disciplinas. Entonces volvió a su cadena, la apretó en triple vuelta sobre su cintura, sujetó los últimos esla-

bones con un candado y tiró la llave donde nadie podría encontrarla. Durante mucho tiempo sufrió el martirio de aquellos eslabones que se le metían en la carne; y nadie lo habría sabido nunca si una noche, padeciendo Rosa un ataque de ciática, no hubiera entendido que los terribles dolores que sentía eran debidos a la cadena. Trató de quitársela, pero ni tenía la llave del candado ni lograba romper los eslabones; entonces, como el dolor se le hiciera insoportable, llamó en su ayuda, y acudiendo Mariana vió los anillos de hierro incrustados en carne viva; entre ambas intentaron romper la cadena, y viendo la inutilidad de aquel esfuerzo Mariana corrió a buscar una piedra con que golpear y abrir el candado. Mientras la criadita estaba fuera, Rosa, temiendo que su madre notara el alboroto y descubriese el origen del mal, se puso en oración ferviente con tan asombroso fruto que, al regresar Mariana con un guijarro, vió como el candado se había abierto por sí solo. Fué necesario arrancar la cadena a tirones, no sin extraer con ella fragmentos de piel y chorreones de sangre.

A pesar de todo, y una vez curadas sus heridas, Rosa volvió a ceñirse la cadena en el mismo sitio de antes. Y otra vez fué necesaria la intervención de Fray Juan de Lorenzana quien, decidido a terminar con el dichoso instrumento, le ordenó a la niña que se lo enviara. Doña María de Usategui conservó durante mucho tiempo algunos eslabones de aquella cadena, y es fama que despedían un olor suavísimo.

Ciertamente, lo que Rosa necesitaba era un buen cilicio, igual a los que usaron los penitentes de otra edad cuya historia conocía. Pero, ¿cómo procurárselo, en su miseria? Un buen día, cierta persona devota le

regaló un cilicio que, aunque demasiado corto, le pareció a Rosa el mejor vestido del mundo, bien que, según pensaba ella, no le habría caído mal un poco más de anchura. Poco después, otra persona le hizo regalo de otro mayor, hecho de ásperas crines de caballo, que le llegaba hasta las rodillas y era tan grueso que apenas la dejaba moverse. ¿Cómo describir la alegría que experimentó la virgen al recibir tan espléndido traje de bodas? ¡Porque traje de bodas era, sin duda, y muy conveniente para un Esposo tan lastimado como el suyo! Mucho tiempo llevó aquel cilicio, y aun lo reforzó interiormente con agujas finísimas; hasta que, más adelante, cuando recrudecieron sus vómitos de sangre, Rosa debió abandonarlo a instancias de aquéllos a quienes debía obediencia.

Mortificada su cintura con la cadena, sus flancos y espaldas con los azotes y el todo con aquel duro cilicio, quedaban aún sin trabajo ciertas partes de su cuerpo que Rosa no tardó en castigar con manojos de ortigas y ramas espinosas. Sólo las plantas de sus pies parecían escapar aún a tan minuciosa estrategia, cuando la virgen halló el modo de hacerlas participar en su batalla, metiéndolas en la boca del horno casero los días en que se cocinaba el pan. Desde entonces la guerra fué total, y sus mortificaciones un trasunto fiel de las que padeció el Crucificado. Pero, ¿y la corona de espinas?

VI. DE CÓMO ROSA FABRICA SU CORONA

¡Rosa no había descuidado ese detalle, ciertamente! Sólo tenía doce años cuando, al mirar cierto día una imagen de Cristo, consideró particularmente los dolores de las espinas que se hincaban en su cabeza y resolvió hacerse una semejante. Era de estaño fundido, y Rosa la circundó de mimbres y llenó por dentro de clavos que, distribuídos estratégicamente, le herían y ensangrentaban la cabeza, sin que toda esa máquina de dolor, oculta por la toca, se revelase a ojos profanos. Diez años antes de su felicísima muerte abandonó aquella primera corona, en el deseo de forjarse otra que respondiese mejor a la de su Esposo místico. Intentó ponerse una de verdaderas espinas, a fin de que la imitación fuera exacta, pero dos razones la hicieron desistir: primero, la de su confesor, que temía el efecto corruptible de la substancia orgánica; luego la suya propia, que le dió a entender cuán difícil era ocultar espinas reales bajo una toca. Entonces, doblando un fleje de plata, Rosa le dió la forma de un círculo dentro del cual introdujo noventa y nueve clavos, también de plata, distribuídos en tres series

Retrato de Santa Rosa, existente en el monasterio de Rosas de Santa María, de Lima.

de treinta y tres, o sea el número de años que vivió el Redentor. A fin de poder ceñírsela sin obstáculos la virgen se afeitó a navaja los cabellos, que habían vuelto a crecerle un tanto, y sólo se dejó en la frente un mechón que, dispuesto con artificio, escondiese la corona y no la revelase a ojos extraños.

Aquel artefacto le producía dolores continuos y diferentes con sus noventa y nueve púas que se le hincaban al menor movimiento de su cabeza, al hablar y sobre todo al toser. Para colmo, la virgen se lo plantaba cada día en sitio diferente, buscando los lugares no heridos todavía o los que cicatrizaban recién: ninguno de sus familiares conocía el secreto de aquella corona, ni aun lo alcanzaba del todo su confesor, que sólo tenía vagas referencias.

Cierto día el padre de Rosa, muy colérico, perseguía en el huerto a un hermanito de la virgen, sin duda para castigarle una travesura: la niña se interpuso entre ambos y rogó a su padre que no se dejara llevar por la ira; mas el hombre, al rechazar a Rosa, la golpeó, sin quererlo, en la frente, de modo tal que los clavos de la corona, oprimidos a fondo, hicieron saltar tres hilos de sangre que la toca no logró disimular. La niña, temiendo que por aquella sangre se descubriera el artificio de la corona, voló a su aposento, la arrancó de su frente y tras esconderla se lavó la sangre y volvió a cubrirse con la toca y el velo. Pero su madre, que temía siempre los rigores penitenciales de aquella hija extraordinaria, no tardó en seguirla al aposento y en obligarla a descubrir su cabeza: viéndola llena de puntazos y desolladuras, adivinó la naturaleza del instrumento que los había producido; y sin embargo, nada le dijo a la virgen, temiendo

que al quitarle la corona no inventase algo peor. Con todo, la excelente madre hizo intervenir a uno de los consejeros espirituales de Rosa, el padre Juan de Villalobos, el cual mandó a la niña que le llevase aquel instrumento con el que martirizaba su cabeza. Obedeció ella, como siempre, y el consejero, al ver la terrible máquina, trató de hacer que su penitente renunciase a tanto rigor. Pero Rosa, viendo una insinuación más que una orden en las palabras de su consejero, insistió tanto y tan bien que ambos llegaron a un acuerdo por el cual Rosa llevaría su corona, pero con algunos clavos de menos que el padre Juan limaría o remacharía con sus propias manos, como efectivamente lo hizo luego al ver una Rosa tan obstinada en sus espinas...

VII. LOS AYUNOS DE ROSA

Cualquiera podría creer que un cuerpo tan trabajado como el de aquella virgen necesitaba, sin duda, un sustento material proporcionado a sus fatigas. Por lo cual es bueno decir, ahora, con qué sabores regaló su lengua y de qué manjares alimentó sus días terrestres, que no fueron muchos.

Como todas sus virtudes, la de la abstinencia se reveló en sus más verdes años: acaso no hablaba todavía cuando se negó a comer las frutas que tanto agradan a los niños; a los seis años apenas, ayunaba a pan y agua los miércoles, viernes y sábados, sin que poder humano alguno lograse hacerle probar otra cosa; y a los quince se prometió no alimentarse nunca de carne, voto que cumplió en la medida de sus fuerzas y luchando contra familiares, amigos y médicos, ya mediante la astucia, ya con la resistencia natural que oponía su estómago a cuanto no fuese un pedazo de pan mojado en agua.

Muchas vees la debilidad de su cuerpo alarmó a los suyos, y sobre todo a su madre que, bien arraigada en este mundo, no acababa de entender los extremos de

aquella hija prodigiosa. Le reprochaba sus ayunos, la llamaba verduga de sí misma; y viendo que nada lograba con sus sermoneos la obligó un día a comer en la mesa familiar, delante de sus ojos, para ver lo que comía y en qué cantidad. Rosa obedeció con la dulzura de siempre, y temblando a la sola idea de ingerir alimentos que le repugnaban, solicitó que no se la obligase a probarlos todos, sino aquellos que su naturaleza le indicase.

Con la complicidad de Mariana, su infaltable escudero, logró intervenir en la cocina doméstica para aderezarse algo que tenía los exteriores de un pastel, pero que se integraba sólo con unos pedazos de pan y un manojo de hierbas: la intervención de algunas pasas en aquella torta singular no tenía más objeto que el de satisfacer y despistar las miradas maternas; y la falta de sal, así como la amargura de las hierbas que Rosa elegía, daban al pastel un sabor que, de probarlo, hubiese asombrado no poco a la excelente madre. Algunas veces, y a fin de variar el condimento, la virgen mezclaba cenizas a los hierbajos y mendrugos de su famoso pastel, de modo tal que, a su lado, el pan y el agua que Rosa prefería resultaban un manjar delicioso. Otra vez su madre le descubrió un vaso de hiel, e interrogada la niña sobre el uso que hacía de aquella substancia confesó que también la utilizaba para sazonar sus comidas. Andando el tiempo Mariana refirió que Rosa bebía hiel en ayunas, el día que no comulgaba, y que mezclando hiel, cortezas de pan y lágrimas se hacía un alimento que llamaba "mis gazpachos".

Hay en América un vegetal muy curioso que nuestros indios llaman *mburucuyá* y nosotros pasionaria, el cual da una flor cuyos órganos interiores fingen

admirablemente los instrumentos de la Pasión. La virgen limeña no podía menos que sentirse ganada por tan religioso vegetal; pero en lugar de comer su fruta, que es muy dulce, se alimentaba de sus tallos, que tienen un sabor amarguísimo. Por otra parte, bueno es decir que tal hierba o tal fruta sólo le sirvieron de estratagema para satisfacer la ansiedad de sus familiares hasta el día en que, convencidos de la violencia que con sus instancias le hacían, dejaron que Rosa dispusiera libremente de sus ayunos. Éstos eran de dos clases, según la época litúrgica: durante siete meses del año, hasta la Pascua de Resurrección, sólo comía pan y agua en raciones que, siendo ínfimas en sí, Rosa iba disminuyendo gradualmente al llegar la Cuaresma, entrada la cual sólo se alimentaba con algunas pepitas de membrillo, cinco los viernes y rociadas con hiel. Su segunda forma de ayuno consistía en no comer absolutamente.

Tanto en su celda como en casa de doña María de Usategui se le vió realizar los más extraordinarios ayunos. Doña María comenzó a enviarle a su celda ocho panecillos negros que habrían de constituir su alimento de toda la semana: ¡cuál no sería el asombro de aquella señora cuando vió que la niña, terminada la semana, le devolvía seis panes y medio que le habían sobrado! Más adelante se comprobó que con un pequeño pan y un vaso de agua la virgen había pasado cincuenta días; igual tiempo se pasó más tarde sin beber ni una sola gota de agua; y cuando llevada por la fiebre bebía, no tomaba el agua fresca del aljibe, lo cual habría sido imperdonable regalo, sino el agua caliente de la cocina, y a pequeños sorbos. Con estos sabores de la tierra iba ganándose Rosa los sabores del cielo.

VIII. HISTORIA DE UNA CAMA

Si el soldado que lucha todo el día reclama por la noche un bien merecido sueño, no es mucho que Rosa, puesta en batalla tan ruda, hubiera hecho lo propio. Sin embargo, tras haber restringido hasta lo imposible sus horas de sueño, encontró el modo de hacerse una cama en armonía con todo lo suyo. Su buena madre había observado ya la inclinación de Rosa por los lechos duros que imposibilitaban todo sueño; entonces, así como la obligó a comer delante de sus ojos, también le mandó que durmiese con ella en la misma cama. Pero Rosa, no bien observaba que el sueño vencía los párpados de su madre, saltaba de la cama y se tendía en el duro suelo, no sin usar, a guisa de almohada, un pedazo de leña o algún ladrillo que con ese objeto guardaba y escondía en la habitación materna. No gozó mucho tiempo el fruto de aquel ardid, porque una noche, despertando su madre, la vió acostada en el piso y con aquella incómoda cabecera: después de haberle reprochado el engaño, la desobediencia y el exceso de mortificación a que se entregaba, la buena mujer acabó por autorizarle a que

se hiciese un lecho de tablas, si así lo quería, pero atemperado con algún cobertor y provisto de dos buenas almohadas que suavizasen el rigor de los tablones.

Con aquella licencia maternal Rosa vió el cielo abierto delante de sus ojos: a la noche siguiente se improvisó un camastro con las dos tablas, el cobertor y las almohadas que su madre le concedía; pero se ingenió a la vez para deslizar algunos afilados pedruscos bajo el cobertor y esconder un tronco sin desbastar bajo las almohadas; con lo cual, y en su apariencia confortable, aquella cama se convertía por la noche en un lugar de tormento.

Rosa gozó no poco al verse dueña de un lecho tan adecuado a sus intenciones, y las magulladuras que los pedruscos dejaban en su cuerpo la inducían a dar mil gracias al cielo por la generosidad que había inspirado a su madre. Con todo, no tardó en hallarle a su cama un serio inconveniente: al agitarse la niña en sueños, los pedruscos se desplazaban lentamente a las orillas, con lo cual renunciaban a toda su virtud mortificadora. Entonces, con la complicidad de Mariana, la niña introdujo en la habitación tres duros troncos que durante el día se ocultaban debajo de la cama y por la noche le servían de colchón único. Así remedió ella la falta de los guijarros, pero vió luego que entre los troncos aún quedaban espacios libres sobre los cuales le parecía que una parte de su cuerpo se hurtaba a la penuria de la otra. Y dando vueltas en su imaginación a tan difícil problema, concluyó por hallarle una solución definitiva: renunció a los troncos, y en su lugar dispuso siete largos tablones de madera sobre las dos tablas primitivas de su lecho; llenó el espacio vacío entre un tablón y el otro con

agudos fragmentos de tejas quebradas, platos rotos, cascos de botellas y otros materiales por el estilo; y así dió al fin con la cama ideal a cuya sola vista se hubiera espantado el corazón más animoso.

En cuanto a las almohadas, la industria de Rosa, en su eterno luchar con la vigilancia materna, había pasado por las siguientes alternativas: primero usó un atado de paños burdos, luego un ladrillo sin cocinar y al fin la piedra esquinada y cortante que tanto había deseado por cabecera; cuando su madre le quitó la piedra y le dió en cambio una funda para que la llenase, Rosa obedeció, pero llenándola de astillas y virutas; al cabo del tiempo su madre conoció el engaño, y vaciando de astillas la funda le ordenó que las sustituyese con lana; Rosa lo hizo así, no sin deslizar entre la lana manojos de juncos ásperos como ralladores, cuyos efectos no tardó en ver su madre sobre las mejillas de la virgen; volvió a insistir en que sólo de lana rellenase la funda, oído lo cual Rosa obedeció la orden tan al pie de la letra, que apretujó la lana con un palo hasta darle una consistencia de hierro. Burlada nuevamente, aunque jamás desobedecida, la buena mujer se rindió al fin con armas y bagajes.

Ya tenía Rosa el lecho y la cabecera deseados; y como si no le bastasen aquellos enemigos de todo sueño, escondió en su cabecera una redoma de hiel que bebía todas las noches al acostarse y que le producía luego una terrible sequedad en la boca. Tan espantosos eran los tormentos de aquella cama, que algunas veces, a su sola vista, Rosa temblaba de angustia y el sudor le corría por la frente, recordando aquellos filos y aquellas puntas que le aguardaban

para convertir su piel en una criba, herirle las carnes y descoyuntarle los huesos. Una noche, mientras que con ánimo desmayado consideraba su lecho sin decidirse a entrar en él, se le apareció Cristo diciéndole:

—Acuérdate, hija, que fué más dura, más angosta y más horrible la camilla del Calvario en que tomé por ti el sueño de la muerte.

Tanta fuerza encontró Rosa en aquellas palabras, que ya no vaciló en adelante; y por espacio de dieciséis años perseveró en la tortura, sin que su madre lograra el intento de hacérsela abandonar y sin que sus confesores, entre asombrados y perplejos, se atreviesen a intervenir en tan espinoso asunto. Sólo tres años antes de su muerte, y como su vida peligrase ya bajo el peso de tantas mortificaciones, los consejeros espirituales de Rosa le prohibieron el uso de aquella cama. ¡Júzguese cuál sería el gozo de su madre cuando pudo al fin deshacerse de aquel lecho aborrecido! Llena de entusiasmo separó troncos, tablas y alfajías; recogió tejas, cascos de vasijas y fragmentos de loza, y los arrojó al río cercano, como temerosa de que volviesen a torturar a su niña.

Dijimos ya que Rosa pasó los tres últimos años de su vida en casa de doña María de Usategui. Perdido ya el viejo lecho de sus torturas, la virgen renunció a dormir en cualquier otro; y entonces lo hizo en una silla, encogiendo sus miembros y apoyando su frente en la columna de la cama donde dormían las hijas menores del contador don Gonzalo. Dicen que su confesor, durante una Cuaresma, la autorizó a reconstruir su antigua cama, y que así lo hizo ella efectivamente, pero con tanto secreto que no quedó rastro alguno.

IX. ROSA SE EJERCITA EN LA CARIDAD

De las veinticuatro horas del día Rosa dedicaba doce a la oración, diez a las labores y sólo dos al sueño; por otra parte, su inclinación a la soledad fué tan manifiesta que difícilmente abandonaba su clausura; además, la casa en que nació y vivió era tan pobre que muchas veces faltó en ella lo indispensable, y Rosa misma debió acogerse al fin a la caridad ajena. Conocidas estas circunstancias asombra la cantidad de fervor, tiempo y recursos que la pobre niña logró dedicar al socorro de los miserables; pero, sobre todo, nos conmueve el amoroso estilo de su caridad, en algunos de cuyos detalles nos parece ver asomar de pronto el seráfico perfil de San Franciso.

Una vez se enteró Rosa de las grandes necesidades que sufría una persona de la vecindad, y, no hallando en su pobreza con qué remediarla, le envió su ración de ocho días, contentándose ella con sólo pan y agua durante aquel tiempo. En otra ocasión su padre trajo a la casa una gran pieza de paño que doña María de Oliva, la diligente madre, debía emplear en vestir a

los suyos, que no eran pocos. Sabiendo su madre lo mucho que Rosa necesitaba de aquella tela, le dió en secreto más de treinta y seis varas.

—¿Toda esa tela me das?, le preguntó la niña con asombro.

—Sí, hija mía, toda es tuya y puedes utilizarla en lo que te parezca mejor.

Viéndose rica, la virgen no demoró en enviar toda la tela a dos muchachas de su relación que sufrían entonces grandes apreturas de miseria. Pasaron los días, y observando su madre que Rosa no se daba ninguna prisa en utilizar su tela, le preguntó:

—¿Por qué te demoras en usar una tela tan fina, tan blanca y tan a propósito?

—Ya la he utilizado, le respondió la niña, y en forma inmejorable. En cuanto a la blancura del lienzo, es ahora mayor por habérsele sumado la blancura de la caridad.

—Al dártela, entendí que gastarías la tela en tu propio uso.

A lo que la niña concluyó, sonriendo:

—Eso entendías, no lo dudo. Pero si bien recuerdas, me dijiste que la utilizara en lo que me pareciera mejor.

Otra vez su madre, que tenía dos mantos de mucho precio, dejó uno olvidado sobre una silla. Como desapareciera misteriosamente, la buena mujer empezó a buscarlo por toda la casa, y tan sin resultado que al final de sus pesquisas entró a dudar sobre si alguno de sus vecinos no sería culpable del robo. Pero Rosa, que sin poder frenar los impulsos de su corazón había dado el manto a una doncella muy pobre, temió al fin que su culpa recayera en algún inocente.

—No busques más, dijo a su madre. Yo soy el ladrón del manto. Se lo di a la Montoya, sabiendo que, por no tener ninguno, no podía ir a la iglesia.

—Pero ahora sólo me queda uno, protestó la madre.

—Créeme, madre —le aseguró Rosa—, que no pasará mucho tiempo sin que los mantos lluevan sobre ti.

Y así fué, realmente, porque a los pocos días un desconocido, que no dió su nombre, dejó en la casa cuarenta pesos destinados, según dijo, a que la madre de Rosa se comprara un manto. De igual modo y por iguales vías la asombrada mujer recibió dos veces la tela necesaria para un manto; con lo cual vió cumplidos fielmente los vaticinios de su prodigiosa hija.

Con todo, y falta de recursos materiales, Rosa no podía abundar en aquel género de socorros; y entonces dió al prójimo lo que nunca le faltaba, es decir, la obra de sus manos y el valor con que sus azotes se cotizaban en el cielo. Cuando sabía que en la vecindad se hallaba un esclavo enfermo y sin asistencia pedía servirlo y solicitaba ese gran favor a su madre, negábaselo ésta, diciendo que Rosa, tan enferma siempre, más estaba para cuidarse a sí misma que a los extraños; pero concluía por ceder, atenta a no lastimar sentimientos tan caritativos, bien que no sin fijar algunos límites. Con aquella licencia Rosa recibía al esclavo en su casa, le limpiaba las costras, le ponía ungüentos en las llagas, le lavaba y zurcía los andrajos, le daba de comer y de beber. Lo mismo hacía con cualquier miserable, ya fuera español, indio, negro o mulato, pues bien entendía ella que, fuese cual fuese su origen y condición, el pobre era una imagen de Jesucristo a la que debía servir y reverenciar.

Visitaba también el hospital de las mujeres, y, bus-

Cuadro de la Santa, de escuela arcaica limeña.

cando a las que padecían enfermedades más terribles, les hacía la cama, les componía la ropa y les aderezaba la comida, todo ello con tanto júbilo y tan buena gracia que su disposición acaso era el mejor consuelo para las afligidas. Una vez, al regresar del hospital donde había curado a cierta mujer llagada, el hábito de Rosa despedía tan mal olor que su madre, sintiéndolo, consideró un instante las ropas de la niña y las vió llenas de salpicaduras horribles.

—¿Cómo? le preguntó al fin. ¿Vestiste un hábito tan blanco para ensuciarlo de estas materias hediondas?

A lo que respondió la niña con admirable sencillez:

—Cuando servimos al enfermo somos buen olor de Cristo.

En cierta oportunidad Rosa tomó a su cargo la asistencia de una criada perteneciente a doña Isabel Mejía. El médico sangró a la enferma y ordenó que la sangre fuese guardada para someterla luego a un análisis; pero como el facultativo no volviera en dos o tres días, la sangre comenzó a corromperse de modo tal que al mirarla sintió Rosa una invencible repugnancia y amagos de vómito. "¡Cómo! —pensó ella dirigiéndose a la cobardía de su cuerpo—, después de tantas batallas como te he ganado, ¿me sales ahora con estos melindres?" Y sin más ni más, llena de santa ira, tomó el recipiente de la sangre y lo bebió hasta la última gota. Su madre ignoró ese gesto sublime, pero no así doña Isabel, que guardó como reliquia el paño con que la virgen se había limpiado la boca tras aquella libación singular.

Cuéntase que otra vez un amigo de don Gonzalo, el arquitecto Juan de Tineo y Almansa, contrajo una tan grave dolencia del estómago que sintió llegar el

término de su vida. Noticioso de las virtudes de Rosa y de lo mucho que podían en el cielo, don Juan mandó suplicar a la niña que lo visitase; y como don Gonzalo uniera sus ruegos a los del amigo doliente, Rosa prometió visitar al enfermo después de oír misa en Santo Domingo. No bien la niña entró en la habitación del paciente y le hubo dirigido algunas palabras bondadosas, don Juan de Tineo se sintió notablemente aliviado, y, ¡cosa extraña!, él, que no había logrado pegar los ojos en muchas noches, entró en un profundo sueño del que salió para verse definitivamente curado.

Y para que se vea que no sólo en el género humano ejercitaba Rosa su caridad, contaremos ahora el caso del pollito mudo. En el gallinero de la casa nació una vez un pollo de tanta hermosura, que la madre de Rosa decidió criarlo y conservarlo para cría. Tanto lo cebó la excelente mujer, que el pollo, a fuerza de gordo, ni cantaba, ni se movía, ni daba señales de servir para otra cosa que no fuera el comer y el dormir. Viéndose defraudada en sus esperanzas, la madre resolvió sacrificarlo un día y servirlo en la mesa familiar. Pero Rosa, que aún tenía pocos años, oyendo la sentencia que pesaba sobre el animal, le dijo:

—¡Canta, pollito, canta si no quieres morir!

No bien la niña hubo acabado estas palabras, el pollo se irguió en toda su estatura, dió algunos saltos de prueba y comenzó a pasearse con ostentosa gallardía, no sin alborotar el gallinero a fuerza de cantos. De más está decir que la sentencia de muerte le fué levantada.

X. MÍSTICA BODA DE ROSA

Tantas mortificaciones, tantos trabajos, tantos gestos de amor y de alabanza, escondidos a los mundanales ojos pero muy visibles ante los del Esposo místico a quienes se consagraban, debían atraer los favores del cielo, que ciertamente no le fueron negados a Rosa. Pero, aunque singularmente favorecida, la virgen limeña no dejaba de pensar en las místicas bodas que su gran maestra, Santa Catalina de Siena, lograra tan visiblemente al cabo de sus penurias, bien que Rosa, en su grande humildad, no se atreviese a desear tanto. Con todo, los esponsales de la niña llegaron a cumplirse, y tan ciertamente que no hubiera podido soñarlos mejor.

Numerosos anuncios le adelantaron esa dicha, y el primero se lo trajo aquella mariposa blanca y negra que, según muchos testigos, no se limitó a sugerirle los colores del hábito que debería llevar, sino que también, posándosele en el pecho, le dejó allí un corazón pintado muy a lo vivo, como si valiéndose de aquel animalito alado el Esposo le dijera: "Rosa, dame tu corazón".

Más adelante la niña tuvo un sueño que la confirmó en sus esperanzas. Cristo se le apareció bajo la figura de un mozo ricamente vestido que, como maestro cantero, parecía dirigir a muchos que allí cortaban, pulían y tallaban mármoles. Bien entendió Rosa que aquel doncel, al dirigirse a ella, la requería de amores; y aunque la pobre niña jamás había oído ni siquiera imaginado en este mundo aquel amoroso lenguaje, pensó en sueños que la boda que le prometía el extraordinario cantero llenaba sin duda todas sus aspiraciones. Entonces le dió el sí, cambiaron mutuas promesas, y Cristo se despidió al fin de Rosa, no sin encargarle que durante su ausencia cortara, puliera y tallase algunos trozos de mármol que allí le dejaba. Luego, también en sueños, Rosa vió que su prometido volvía y que la encontraba sin haber acabado de tallar sus mármoles: avergonzada de su negligencia, la niña la imputaba entonces a sus manos que no tenían pericia en aquel género de obras; mas el Esposo, lleno de dulzura, le decía que no sólo a ella ocupaba en tan rudos trabajos; y abriendo una gran puerta le mostraba un recinto donde innumerables doncellas, entre polvo y sudor, se empleaban en ricos y difíciles trabajos de cantería. Muchas fueron las cosas secretas que la niña descifró en aquel sueño, antes de lograr su desposorio místico real y sin veladuras de símbolo, que sucedió así:

Un Domingo de Ramos, bendecidas ya las palmas, Rosa, de hinojos en la capilla del Rosario, aguardaba con otras doncellas a que el sacristán distribuyese los ramos benditos antes de iniciarse la procesión. No se sabe si por descuido del sacristán o por secreta disposición del cielo, ese día Rosa se quedó sin palma;

BENEDICTA ROSA DE SANCTA MARIA, *Virgo Tertiaria ord. Prædicatorum, Limæ (Occidentalis Indiæ vrbs est celeberrima) natu anno salutis 1586. defuncta 1617. ætatis 31. admirabili vitæ sanctimoniâ, maximisque miraculis clarissima: Fidei Christianæ, ac Rosarii Mariani per Dominicanos in nouo orbe consiti flos selectissimus, ideoq; Benedicta Rosa de S.ta Maria.*

Santa Rosa de Lima. (Grabado de Barbé).

y como nunca le había sucedido cosa igual, la pobre niña, llena de angustia, no tardó en decirse que sin duda por alguna falta no era digna de llevar un ramo en la procesión. Acabado el oficio, y agobiada de vergüenza, Rosa se fué a la capilla del Rosario: arrodillada frente a la Virgen se acusó de haber perdido la palma, no sabía si por excesivo deseo de recibirla o por no haberla solicitado a su hora. Volvió después sus ojos a la Virgen, y, como la viese más risueña que de costumbre, no sólo se tranquilizó la niña sino que le pareció salir gananciosa de su aventura. Entonces, llena de fervor, dirigió a la Virgen estas audaces palabras:

—Quiera Dios, reina mía, que al no recibir la palma de manos mortales la reciba de las tuyas. Tú has de darme, Señora, ramos que no se marchiten.

Casi fuera de sí Rosa vió entonces que la Virgen, sonriendo, volvía su rostro al Niño, y que también el Niño sonreía; luego ambos dejaron caer sobre Rosa una mirada tan alegre que la niña, en su arrobamiento, no sabía en quién demorar la suya. De pronto el Infante Jesús, abriendo sus labios, le dijo estas palabras:

—Rosa de mi corazón, yo te quiero por esposa.

Herida de aquellas palabras, vacilando entre su temor y su júbilo, Rosa entró en un desmayo que la redujo a la nada. Pero volviendo en sí, y no pudiendo creer aún en su dicha inmensa, sólo atinó a balbucear y repetir como en desvarío el "Ecce ancilla Domine" con que Nuestra Señora respondió al anuncio del ángel. Entonces la Virgen, como dándole ánimo, la confirmó en aquel gozo diciéndole:

—Mira, Rosa, la merced que acaba de hacerte mi Hijo.

A partir de aquel día señalado, en que Rosa perdió una palma y encontró un Esposo, las dádivas celestes le llegaron en tal abundancia que no dudó ella se trataban de regalos nupciales. Entonces pensó en hacerse un anillo de bodas, que se le ajustase al dedo del corazón, a fin de que fuese testigo público de sus desposorios y le recordase a toda hora tan fausto acontecimiento. Ignorándolo todo en materia de orfebrería, Rosa consultó a su hermano Fernando, el cual, sólo por darle gusto, y sin sospechar ni de lejos el sentido nupcial de aquella sortija, trazó su dibujo, tomó sus medidas y señaló el lugar en que había de ponerse la imagen del Niño Jesús. Sólo faltaba la inscripción o mote que debía grabarse en el anillo, y Rosa, formando unos, tachando otros y volviéndolos a formar, no acababa de resolverse por ninguno. Hasta que su hermano, viéndola en tantas vacilaciones, le propuso éste: "Rosa de mi corazón, yo te quiero por esposa". Grande fué la maravilla de la virgen al notar que su hermano, sin saberlo, acababa de repetir la frase con que Jesús Niño la había llamado a bodas.

XI. RECIBE ROSA VISITAS DEL CIELO

Habiéndose negado tan enteramente a las cosas de la tierra para convertirse a las del cielo, no es de asombrarse que Rosa viviera en tanta familiaridad con lo divino, hasta el punto de recibir cien visitas celestes y alternar mano a mano con ellas, según consta en innumerables testimonios. Ya nos hemos referido al trato familiar que tuvo Rosa con su Ángel de la Guarda; mas la de su ángel no era una visitación reiterada, sino una presencia constante. Visitas fueron para Rosa las que a diario le hacía Dios Niño, a fuer de galán enamorado, y durante las cuales, bajo proporciones diminutas, ya se posaba en el libro que la niña estaba leyendo, ya se le sentaba donosamente en su almohadilla de bordar. A veces, como el visitante se demorara, Rosa entraba en mil dudas y sobresaltos: "¡Ya el reloj dió las doce! ¡Infeliz de mí, que hoy no viene!" Entonces, recurriendo a sus extraordinarias dotes, Rosa improvisaba coplas en las que vertía su desconsuelo, como aquélla que dice:

"¡Ay de mí! A mi Querido,
¿quién le suspende?
Tarda, y es mediodía,
pero no viene".

O aquella otra:

"Mientras en otra parte
sin mí lo pasa,
corazón, vida y ojos
se me desmayan".

Cierta vez Rosa enfermó de la garganta, y en medio de sus dolores vió llegar al Niño que, poniéndose a su cabecera, la invitó a jugar a los dados. Aceptó la virgen, y ambos convinieron en que el ganador determinaría el premio de las jugadas. Empezó a tirarse el dado, y, como Rosa ganara la primera partida, exigió en premio que se le calmasen los dolores de garganta. Pagó el Niño, bien que, a fuer de tal, no quedase muy contento de su derrota. Pero, como volviesen a jugar, perdió Rosa y debió pagar, a su vez, con los nuevos dolores que acudieron a su garganta. Como su madre se inquietara por ello, Rosa la tranquilizó diciéndole:

—No temas, que todo es juego de mi divino Esposo.

Y al referirle la historia de los dados, el rostro se le iluminaba con resplandores que sin duda no eran de este mundo.

Cuéntase que una vez Rosa estaba de visita en casa de una señora ilustre, y que al final de algunas conversaciones espirituales solicitó licencia para entrar un momento en el oratorio. Así lo hizo, acompañada por una niña de siete años, hija de una esclava, que la dejó en el oratorio y se fué luego en busca de su madre. Al cabo de una hora volvió la niña para ver si Rosa había concluído sus oraciones, y la vió junto al Niño Jesús, que vestía una túnica de verdegay y de púrpura llena de luces. No atreviéndose a turbar lo

que parecía un íntimo coloquio, la indiecita se quedó mirándolos desde lejos, y sólo al morir la virgen refirió el caso. Algo semejante contó una hijita de doña Isabel Mejía, por haberlo visto con sus propios ojos: en un lugar retirado de la casa vió a Rosa que se paseaba de la mano con Jesús Infante, el cual tenía la estatura de un niño de ocho años y llevaba una ropa de vivos colores; ambos caminaban, se detenían para mirarse y tornaban a caminar lentamente, tal como dos enamorados suelen hacerlo.

También la Virgen María se dignó visitar a Rosa y hasta servirle de despertadora, como se verá en lo que sigue. Durante una época la niña padeció de tan graves insomnios que la falta de sueño llegó a comprometer su vida. Intervinieron sus confesores para obligarla a comer algunos vegetales que le atrajeran el sueño, y le fijaron además el tiempo que debería dormir y la hora de levantarse. Pero como el estado de vigilia era ya casi natural en ella, Rosa no lograba conciliar el sueño sino al amanecer y a la hora en que debía levantarse para la oración; y así, recién vencida del sueño, difícilmente lograba despertarse como era su voluntad, por lo que, según su costumbre, no tardó en visitar a Nuestra Señora del Rosario para decirle sus quejas y rogarle un inmediato socorro. La Virgen no sólo escuchó indulgentemente a la niña, sino que, en adelante, la despertó ella misma todas las mañanas, haciéndose visible junto a su cabecera y diciéndole:

—Levántate a la oración, hija mía, levántate que ya es hora.

La niña despertaba entonces y veía cara a cara a la Virgen, felicidad incomparable que barría de su ser hasta el último átomo de sueño.

Sin embargo una vez, oyendo entre sueños la voz de su augusta despertadora, Rosa le respondió, casi dormida:

—Ya me levanto, Señora, ya me levanto.

Pero volvió a caer dormida sobre las almohadas, tan agobiador era su sueño. Entonces la Virgen hizo lo que nunca hiciera, la tocó en un hombro y volvió a decirle:

—Levántate, hija mía. Me has pedido que te despierte, y aquí estoy. Levántate a la oración, hija mía, que ya es hora.

Esta vez la niña, vuelta de su sueño al contacto de aquella mano celestial, sólo vió la espalda de la Virgen que se alejaba dulcemente.

Dijimos ya que Santa Catalina de Siena fué la gran maestra de Rosa: en ella y en la semejanza de sus destinos aprendió la virgen limeña sus mejores lecciones, halló fuerza para sus trabajos y vió el rumbo cierto de sus esperanzas. No es mucho, pues, que Rosa fuese visitada también por Santa Catalina, como le sucedió muchas veces, sobre todo cuando leía la regla de su Maestra seráfica.

XII. ROSA PELEA CON EL DIABLO

Pero el sol de la gracia divina, que con tanta frecuencia saltaba el horizonte de aquel trabajado corazón para sostenerlo y vivificarlo, también se ocultaba muchas veces, como siguiendo un ritmo necesario y temible. Tras los violentos mediodías de amor en que Rosa gustaba, con la presencia del Amado, aquel júbilo en la unión y aquella paz en el júbilo, venían las profundas medianoches que la lanzaban a climas áridos y fríos algunas veces, y otras le hacían recorrer estadios de terror en los cuales la torturaban mil visiones espantosas.

Según declaró luego a los hombres doctos que la examinaron, aquellas caídas de su alma desde los éxtasis de la contemplación a las tinieblas y el vacío, presentaban dos grados diferentes. Según el primero se veía como arrancada del sumo Bien y sumergida en grandes oscuridades, pero no tan hondas que no la dejasen rastrear las dimensiones de su descenso: allí su memoria le recordaba como entre nieblas los dones celestiales que había recibido, pero las nieblas se adensaban y su memoria se desvanecía; allí su entendi-

miento recordaba muy lejanamente que se había ejercitado alguna vez en las nociones de Dios, pero desmayaba su entendimiento sin lograr aferrarse a esos chispazos de la verdad que se encendían y apagaban en él como los relampagueos en una noche de tormenta; en su voluntad quedaba como un resabio del sabor divino, pero su voluntad no tenía ya fuerzas de amor ni movimientos hacia las alturas. El segundo grado de sus torturas era más riguroso, pues en él tocaba regiones de absoluta oscuridad en las cuales parecía no abrirse ni un solo camino a la esperanza: allí se le aparecían las visiones aterradoras, las monstruosidades oscuras y los perfiles abominables, que la cercaban y la ponían en la urgencia de gritar pidiendo socorro.

Y no era que Rosa desconociese las manifestaciones del mundo infernal: muchas veces había peleado ella con el diablo, al que llamaba *sarnoso* y *malagata*. Una noche, mientras oraba en su celda, se le apareció el sarnoso bajo la figura de un perrazo disforme y negrísimo que lanzaba fuego por las narices y la boca: lo primero que intentó fué atemorizar a la virgen, dando vueltas a su alrededor, lanzándole a la cara vahos de azufre y erizando su pelambrera llameante, como dándole a entender que ya se lanzaba sobre ella; pero Rosa, lejos de inquietarse, lo miraba con absoluto desprecio, no sin decirse que el demonio, a pesar de ser un ángel, mucho había perdido de su inteligencia en la caída, ya que se imaginaba poder asustarla con aquel ridículo aparato de fuego y humo; no obstante el perro, al observar su fracaso, se lanzó al fin sobre la niña, la derribó en tierra y se puso a tironearla como a un trapo viejo; y entonces Rosa, más ofendida que asustada, pronunció las palabras del salmista:

—"No entregues, Señor, a las crueles bestias del infierno el alma de los que te confiesan y alaban".

No bien el demonio hubo escuchado el versículo, soltó a la niña y huyó ignominiosamente con el rabo entre las patas.

Tres cobardes agresiones del enemigo sufrió después la virgen: saliendo una vez del oratorio que había en casa de don Gonzalo, recibió una bofetada de manos invisibles que la hizo reír y presentar la otra mejilla; otra vez, estando Rosa en lo de doña Isabel Mejía, el diablo, no atreviéndose a pelearla cara a cara, le tiró una piedra por detrás y desde lejos; una tercera, viendo que nada lograba con la virgen, se metió con sus libros, rompiéndoselos y tirándolos a lugares inmundos, hazaña bien mediocre por cierto y que revelaba un gusto deplorable.

Tales escaramuzas no habrían afectado a Rosa, si el demonio, pasando a mayores, no la hubiese ofendido una vez en su honestidad. Atravesaba el huerto para dirigirse a su celda, cuando vió salir al enemigo de entre las espesuras: no presentaba ninguna forma terrible, sino la de un galán muy vistoso que con desagradable insistencia comenzó a cortejarla. Extrañó a Rosa ver un hombre en la huerta, y aún más oír sus galanteos dichos con lengua torpe y ademanes insolentes; por lo cual, reconociendo al enemigo, la niña voló a su refugio, tomó una cadena de hierro y empezó a golpearse las espaldas, no sin exhalar, entre lágrimas y sangre, las quejas que le inspiraba el abandono de su Esposo místico, el cual, si hubiera estado con ella, no habría permitido la consumación de aquel ultraje. En estas cavilaciones andaba, cuando se le apareció Cristo diciéndole:

—Oye, Rosa, ¿piensas que si yo no hubiese estado contigo habrías alcanzado tan feliz victoria?

Fué aquél el único ataque del demonio hecho a su honestidad, porque, renunciando a tan inútiles estratagemas, el enemigo creyó emplearse mejor estorbando a Rosa en sus piadosos ejercicios. Tomando la forma del sueño, gravitaba sobre sus párpados y la envolvía en celajes de modorra, sobre todo al amanecer, cuando la niña iniciaba sus oraciones. Entonces Rosa, con seguro instinto, lo sentía girar en torno suyo, y, sustrayéndose a los lazos sutiles que le tendía, se aferraba a la gran cruz de madera que tenía en su habitación o bien se colgaba de un garfio por los cabellos, ante lo cual el maleficio desaparecía.

Pero su batalla más ruidosa fué la que sostuvo con el diablo en la despensa del contador. Un anochecer, habiendo concluído Rosa sus oraciones, subió a un aposento de la casa que por hallarse retirado convenía mucho a sus deseos de soledad: lo encontró lleno de ratas que a favor de la noche naciente salían a chillar, corriendo de un lado al otro; por lo cual, renunciando a tan molesta compañía, Rosa descendió a la despensa de la casa, un lugar espacioso y tranquilo donde se amontonaban instrumentos de vendimia, toneles y otros útiles del mismo género. No bien entró en la despensa sintió de pronto que se le erizaban los cabellos, y que una presencia infernal se escondía entre las apretadas sombras de aquel recinto. Comprendió entonces que el *sarnoso* la esperaba, y, no queriendo rendirse al miedo, llamó a una sirvienta para que le trajese un candil, lo tomó de sus manos y la despidió luego, no sin encomendarle el secreto y advertirle que no la llamasen a cenar. Ya sola, y candil en mano,

la niña cerró la puerta: oyó entonces cómo el diablo hacía girar la llave, y rió en su alma. Pero el enemigo, lejos de acometerla, se había metido luego en un canasto y desde allí armaba una batahola infernal, sin duda con el propósito de asustarla. Visto lo cual, y desdeñosa de un contendiente que llevaba su indignidad hasta el punto de refugiarse en un canasto, Rosa entendió que la luz del candil era una ventaja indigna de ella y que las leyes del honor le ordenaban pelear a oscuras con tan flojo enemigo. Entonces apagó la luz, creyendo que así la batalla no tardaría en entablarse; pero, ¡qué!, el demonio no daba señales de querer abandonar su trinchera. Sin ocultar su disgusto Rosa comenzó a provocarlo:

—¡Sal afuera, *sarnoso*, que aquí te espero! ¡Comienza la batalla! ¿Cómo, no sales? ¿Qué cobardía es la tuya?

Por más indigno que fuese, el demonio recordó entonces que alguna vez había sido ángel, y oyendo tamañas ofensas no las pudo sufrir, máxime al reflexionar que venían de una doncella sin más armas que un candelero apagado. Salió al fin de su escondite, y, bajo la forma de un gigante, se lanzó a la pelea, tomando a la niña por los hombros, estrujándola, clavándole sus púas de erizo y arrojándola de un lado al otro como una pelota. Sin embargo, cuanto más la golpeaba, más alegre y entera sentíase Rosa en el castillo de su alma; por lo cual, despechado y rabioso, el gigante se hubiese dado al diablo si no fuera él mismo. La lucha duró largas horas, al cabo de las cuales doña María de Usategui, buscando a Rosa, supo que se hallaba en la despensa desde el anochecer: se dirigió a ese lugar, abrió la puerta con sus

llaves, aguardó aún; y casi a medianoche vió salir a la niña, jadeante, sí, pero trayendo en sus ojos el resplandor de la victoria. Al día siguiente, como doña María la instase a ello, Rosa contó los pormenores de su batalla con el diablo.

Hemos referido estos encuentros de la virgen con las potencias demoníacas para demostrar que no intervenía su temor en aquellos ponientes del sol divino que afligieron a Rosa durante quince años y una vez al día. Lo que más le atormentaba no era el poder de las tinieblas en que caía, sino la viudedad en que la dejaba el cielo al arrebatarle la visión de su Amado. Inútilmente cambiaba de confesores: algunos atribuían sus congojas a delirios de la imaginación, otros a la violencia de sus mortificaciones y los más sabios a inexplicables efectos de mística. Sólo después, cuando se sometió al examen del doctor Castillo, varón ilustre, gran teólogo y excelente metafísico, supo Rosa que sus vías eran seguras y que aquella sucesión de amaneceres y anocheceres divinos acabaría sólo cuando, enajenada de su envoltura mortal, descansase al fin en el eterno mediodía del Esposo.

Santa Rosa de Lima, por Murillo.

XIII. EL PRODIGIO DE LA IMAGEN QUE SUDA

No podían tanto la soledad y reclusión de Rosa que la fama de sus virtudes, el eco de sus mortificaciones y el rumor de los prodigios que se obraban en ella no corriesen por Lima de boca en boca, entretejiendo ya el glorioso escándalo que estalló el día de sus funerales, cuando toda una ciudad loca de júbilo y de temor sagrado acompañó sus restos hasta la iglesia de Santo Domingo. Y, verdaderamente, sus relaciones con lo sobrenatural eran demasiado visibles para quedar ocultas.

Había en el oratorio de don Gonzalo un rostro de Cristo pintado sobre tela y obra de Angelino Medoro Romano, el cual había querido representar al Salvador en su edad viril y lo había logrado con mucho arte: una cortina ocultaba la imagen, o bien la descubría cuando los familiares de la casa, y Rosa entre ellos, entraban en el oratorio para cumplir sus diarios ejercicios espirituales. Una tarde, la del 25 de abril de 1617, Rosa, doña María de Usategui y sus hijas estaban rezando en el oratorio, frente a la imagen descubierta, cuando Rosa, clavando sus ojos en la cara

de Cristo y como si el río de su ternura se le saliera de madre, prorrumpió en dulcísimas alabanzas del Salvador, preguntándose cómo ante su sola efigie no se rendían los corazones y se dejaban llevar por la corriente del amor divino. Doña María de Usategui, viéndola fuera de sí, se retiró del oratorio con las demás mujeres, para que Rosa pudiera entregarse libremente a sus transportes. Pero una de sus hijas volvió a entrar muy luego y, al ir a despabilar las luces, vió algo que la llenó de asombro: en la cara de la imagen brillaban gotas de sudor que le corrían hasta la barba.

—¡Rosa! exclamó la niña. ¿No ves cómo el rostro de Cristo está cubierto de sudor?

Al oír esas exclamaciones doña María entró en el oratorio y vió el prodigio de aquellas gotas que manaban abundantemente. Entonces, vacilando entre el susto y la maravilla, mandó buscar al contador Gonzalo que se hallaba fuera en negocios con Juan de Tineo. Acudieron ambos, todavía ignorantes del suceso, y a su vez comprobaron que la imagen estaba cubierta de sudor y que nuevos raudales aparecían en ella.

A fuer de hombre piadoso, don Gonzalo no ignoraba cuán imprudente suele ser atribuir un hecho a milagro sin hacer antes las comprobaciones necesarias, ya que la misma iglesia procede en estos casos con extremada cautela. Mandó buscar entonces a Medoro Romano, pintor de la imagen, y mostrándole aquellas gotas le preguntó si no podrían deberse a una causa natural, por ejemplo, a la naturaleza de los colores o el barniz empleados. El artista, sin ocultar su sorpresa, realizó todos los análisis posibles y, no hallando una causa natural en aquella exudación

misteriosa, concluyó por decir que sin duda tenía un origen sobrenatural y divino.

Don Gonzalo, empero, como sobre ascuas, buscó nuevos testigos e hizo intervenir a las autoridades eclesiásticas, las cuales debieron rendirse a la evidencia de aquel sudor que siempre corría y mojaba los algodones con que se trató de restañarlo: ya no quedaban dudas de que un prodigio se había obrado en la sagrada imagen, y se procedió a sentar el testimonio por escrito. Ahora bien, el contador sabía que tales milagros pueden obedecer a diversas intenciones divinas; y, sobresaltándose todo él, se preguntó si en aquel caso la divinidad no quería revelarle la amenaza de un castigo inminente, por alguna culpa suya o de su familia. Pero Rosa, que bien sabía la causa de todo aquello, lo tranquilizó al punto, diciéndole que con aquel milagro expresaba Dios el deseo que tenía de que se le adorase y sirviese.

Ha de saberse ahora que, días antes, Rosa dió una gran caída y se había herido un brazo: los cirujanos que la atendieron afirmaban que la niña, pese a todos los recursos de la ciencia, habría de quedar algo manca. Sucedió luego el prodigio de la imagen, alrededor del cual giraban siempre las conversaciones de la familia; y cierta vez, mientras evocaba el sudor milagroso, a doña María de Usategui se le ocurrió de pronto que aquel sudor recogido en los algodones podía sanar el brazo de Rosa. Corrió a buscar los algodones que guardaba ella como reliquia, e intentó aplicárselos a la virgen en el lugar de su dolencia; pero la niña se negó a ello, deseando no renunciar al dolor de su brazo que tan bien armonizaba con el resto de sus mortificaciones. Insistió doña María, in-

tervino el confesor, y Rosa, en obediencia de ambos, decidió someterse a tan inusitada cura. Con sus propias manos doña María desnudó el brazo de la virgen, le aplicó los algodones y los afirmó con una venda; luego entró Rosa en el oratorio, y dos horas más tarde salía con el brazo tan sano que ni señales quedaban de su dislocamiento: mientras oraba frente a la imagen del Salvador había sentido que le tironeaban el brazo, que nervios y músculos volvían a su lugar y que la hinchazón bajaba rápidamente hasta desaparecer.

Los rumores acerca del Cristo que sudaba sangre no tardaron en correr por Lima, hasta levantar un clamor público que amenazaba con resolverse en tormenta: decíase que una imagen tan milagrosa no debía estar en un oratorio privado, sino en un altar público donde pudiera recibir la adoración de todos los fieles. Don Gonzalo resistíase a entregar aquel tesoro, y no por un egoísmo que mal hubiera cuadrado a su reconocida piedad, sino porque Rosa, en muchas ocasiones, había vinculado la imagen a la salud y remedio de aquella casa. Fué tanto su temor de perderla que Rosa, entendiéndolo al fin, lo tranquilizó diciéndole con mucho gracejo:

—No temas, padre mío, que el Salvador del mundo no ha obrado estas maravillas para irse luego de casa.

Tantos fueron los prodigios que se observaron en Rosa y tantas las revelaciones que alcanzó en vida, no sólo en lo que a la suya miraba sino también a la de los demás, que la sola enumeración de los mismos exigiría muchas páginas. La brevedad de nuestra historia no impedirá, sin embargo, que narremos a continuación otros dos episodios, los cuales, por estar

vinculados a las flores, convienen admirablemente a la que fué Rosa en este mundo y lo es ahora en los eternos vergeles de Jesucristo. Cierta vez estaba la niña en el huerto cortando rosas y recogiéndolas en su falda, cuando al poner sus ojos en las alturas sintió el ansia de ofrecer al cielo aquellas flores; y así las fué lanzando a lo alto, una tras otra, como si las arrojase a un altar de sacrificio. Llegó en eso al jardín un hermano suyo, el cual, viéndola en tan simple ejercicio, le preguntó qué hacía.

—Hago lo que ves, le contestó Rosa sin abandonar su juego.

Su hermano entendió que se trataba de un pasatiempo, y quiso intervenir en él.

—Yo también quiero tirar flores al aire, le dijo. Y quizás las mías vayan más alto que las tuyas.

Así lo hizo el muchacho, pero no tardó en ver que sus rosas caían al suelo apenas arrojadas, mientras que las de la virgen quedaban en el aire, reuniéndose allí y concertándose hasta formar una cruz. Más tarde Rosa explicó que no se había tratado de un simple juego celeste, sino que con aquel prodigio se le anunciaba la fundación de otro convento de Santa Catalina, en el cual habrían de reunirse no pocas flores de santidad.

En otra ocasión, mientras adornaba la imagen de Santa Catalina que habría de salir en procesión al día siguiente, lamentaba Rosa no tener algunos claveles con que terminar su obra de ornamentación: era el mes de mayo, tiempo en que no se dan claveles en Lima. Sin embargo, acompañada por Catalina y Francisca de Montoya, la virgen fué a su jardín y buscó entre los macizos de claveles algún botón si-

quiera; pero su búsqueda resultó infructuosa. Tres veces recorrió los cuadros, y no viendo flor alguna dijo, señalando una rama de clavel que no prometía ni un mal pimpollo:

—El Señor tiene poder como para concedernos cuanto le pedimos. En honor de la Santísima Trinidad esa rama dará esta noche tres claveles.

Luego despidió hasta el día siguiente a las dos niñas de Montoya, las cuales volvieron a su casa riendo no poco de los tres claveles que Rosa esperaba con tanta seguridad. Al siguiente día las de Montoya se reunieron con la virgen, según lo convenido, para terminar el adorno de la imagen. Rosa les dijo entonces que fuesen al jardín y que trajeran tres claveles en nombre de la Santísima Trinidad. A lo que objetó Catalina:

—Querida hermana, ¿no te acuerdas que ayer buscamos tres veces y no encontramos ni un solo botón?

—Id, insistió Rosa. El Señor poderoso que hizo florecer un día la vara de Aarón, ése mismo, nos ha dado claveles.

Catalina y Francisca bajaron al jardín, y, en la misma rama que la víspera señalara Rosa, encontraron tres claveles hermosísimos.

XIV. LOS ÚLTIMOS DÍAS

Rosa no llegó a cumplir sus treinta y dos años de edad: corta fué, pues, su jornada terrestre, pero tan larga de trabajos que si vivió tan sólo un mediodía de la tierra, bastóle a Rosa para ganar el salario del día eterno. Enfermedades y rigores amenazaron más de una vez con acortar su existencia; pero, ante las alarmas familiares y el llanto prematuro de sus amigos, la virgen mostraba siempre una sonrisa llena de secreto. Es que Rosa no ignoraba el día exacto de su muerte: lo sabía con la certidumbre de sus demás revelaciones.

A través de muchos años venía observando su madre que la fiesta del apóstol San Bartolomé tenía para Rosa una significación particular, ya que la celebraba con especiales devociones y ayunos en los que hacía intervenir a sus compañeras. La buena mujer acabó por sentirse intrigada, y preguntándole un año la causa de aquella distinción singular contestóle Rosa:

—Año llegará en que el día de San Bartolomé será para mí de bodas y seré llamada al tálamo del divino Esposo.

Su madre se aquietó luego, sin entender que con aquellas palabras Rosa le anunciaba el día de su muerte. Tres años faltaban aún para ese día cuando la virgen enfermó tan gravemente que sus familiares, consejeros y amigos renunciaron a toda esperanza. Uno de sus maestros espirituales, fray Luis de Bilbao, viéndola ya sin aliento, comenzó a decirle las palabras que se dirigen a los agonizantes, exhortándola muy de veras a confiar en la misericordia divina, a dolerse de sus culpas y a rogar el perdón que no habría de negarle el cielo. La virgen, que no había hecho otra cosa en su vida, obedeció con gusto a tan santas recomendaciones; pero viendo que a su alrededor la daban por muerta y que ni su confesor podía ya ocultar sus lágrimas, volvióse a éste y le dijo:

—No llores, padre mío, que no moriré de esta enfermedad. Si no he de morir dos veces, aún está lejos, ¡ay de mí!, el término de mi carrera.

Pero no sólo conocía Rosa la fecha de su muerte, sino también las circunstancias en que habría de producirse; y es fama que lo supo en su maravillosa visión de "los arcos celestes". Una vez había contemplado en visión dos arcos resplandecientes, en el medio de los cuales aparecía la humanidad de Cristo, no fragmentaria como se le había presentado hasta entonces, sino de pies a cabeza y extremada en hermosura. Entonces vió que Jesús le mostraba dos balanzas con sus pesas, y que a ese tiempo una legión de ángeles y otra de almas felices venían y adoraban al Salvador. Después vió cómo los ángeles medían en la primera balanza una enorme carga de aflicciones, y cómo luego Cristo las repartía entre las almas devotas; y a continuación, habiendo colmado los ángeles la otra balanza, pero de carismas y dones celestes, vió cómo el Salvador también los repartía según peso y número. En este punto de su visión Rosa conoció la parte de aflicciones y gracias que le correspondía; y supo de sus dolores que, con ser muchos, habrían de multiplicarse en la hora de su muerte, como lo fueron los del Crucificado en la suya.

Con tales nociones, y estando aún robusta y sana, cuatro meses antes de su fin la virgen se dirigió a la mujer de don Gonzalo y le dijo:

—Madre mía, has de saber que moriré dentro de cuatro meses. En aquel trance mis dolores serán terribles, y sobre todo me atormentará una sed atroz. Te suplico desde ya que, llegado ese instante, me des agua cuando te lo pida. ¡No dejes, madre mía, que aquella terrible sed me devore!

Llena de asombro y de dolor la buena mujer prometió lo que tan de veras le pedía la virgen.

Otra vez, encontrándose Rosa en un lugar de la casa, interrumpió su coloquio espiritual con doña María para decirle:

—Quiero que sepas, madre, que he de morir en esta casa y en este mismo lugar en que ahora estamos. Desde ahora te pido que no confíes a otras mujeres la tarea de amortajarme, sino que tú y mi madre cumplan ese trabajo piadoso.

Tres días antes de su enfermedad Rosa visitó por última vez la casa de sus padres, y, queriendo tal vez despedirse de la celda en que tan feliz había sido, se encerró allí y empezó a entonar sus últimas canciones. Su madre, que la había seguido y estaba en acecho, la oyó dirigir sus endechas a Santo Domingo, en las cuales le pedía que socorriese a su madre, María

de Oliva, ya que, tras perder en breve a su hija Rosa, no tardaría en quedar viuda y desamparada. Con gran miedo y sobresalto escuchó María de Oliva tan fúnebres revelaciones; pero se dijo luego que acaso no eran sino un desahogo musical de la niña. Sólo tres días más tarde supo ella con cuánta verdad habían hablado aquellas canciones.

Llegó el primero de agosto: esa tarde Rosa, como de costumbre, se había retirado sana y fuerte al aposento que tenía en la casa de don Gonzalo; pero a medianoche los familiares de la casa, oyéndola gritar, acudieron rápidamente y la encontraron tendida en el suelo, inmóvil y sin otra señal de vida que la de su respiración agitada. Llena de susto doña María de Usategui le preguntó:

—¿Qué mal sientes, hija mía?

—No siento mal ninguno —le contestó Rosa con voz entrecortada—, sino el de la muerte que se apodera de todo mi cuerpo.

—¿Quieres que llamen a un médico?

—Sí, al del cielo — respondió la virgen.

La pusieron en cama y la vieron sudar entre angustias y paroxismos, hasta que con las luces del amanecer llegaron confesores y médicos. Contemplando en ella una imagen viva de todos los dolores, los médicos la examinaron atentamente; pero, tras numerosas consultas, dijeron que aquellos quebrantos no eran naturales, ya que no respondían a ningún síntoma conocido de la ciencia. Entonces uno de los confesores le ordenó a Rosa que describiese su mal a los facultativos; y la niña, obedeciendo a pesar de sus visibles angustias, así lo hizo, mediante raras comparaciones que aumentaron la perplejidad de los

médicos. ¡Si los presentes hubieran estudiado aquellas comparaciones habrían advertido que describían, y muy exactamente, las torturas de un hombre puesto en la cruz!

Así volvió a sugerirlo Rosa más tarde, cuando, tras la derrota de los médicos, suplicó muy humildemente a la mujer del contador que la dejasen sufrir algunos días y en paz los dolores del Salvador "con el cual se sentía crucificada". Pero los circunstantes, ciegos aún, insistían en molestar a la pobre Rosa exigiéndole nuevas descripciones de aquella enfermedad, y sobre todo su madre, que, logrando hacerse obedecer una vez más, le arrancó ésta muy breve y significativa:

—Mi tormento es igual en todas partes, y sólo puedo decir que son verdaderos dolores de cruz.

Así llegó el día seis de agosto en que a sus torturas sobrenaturales se agregó una serie de dolencias naturales: primero fué la hemiplejia, que le inmovilizó todo el costado izquierdo, bien que sin privarla del habla; luego fuertes dolores en las costillas, agudizados por el recrudecimiento de su vieja ciática; por fin el asma que le oprimía el pecho y la gota que se localizó en las articulaciones de sus pies.

Con buena cara recibía la virgen a cada uno de los nuevos huéspedes que se llegaban a torturar su cuerpo: cada nuevo dolor encontraba en ella una paciente admirable, y ella descubría en cada nuevo dolor un motivo de alabanza o una ocasión de platicar amorosamente con el Esposo que por tan altos caminos la traía. Y cuando los dolores del costado intensificaban sus vómitos de sangre, la niña dejaba el idioma vulgar para dirigirse al Esposo en versos que le dic-

taba su resignación. Como algunos la compadeciesen al verla padecer tan fuera de la medida humana, la virgen les refirió con mucho gracejo:

—Alguna vez pensé, de acuerdo con mi Señor, en adoptar un niño que cuando grande fuera predicador del Evangelio entre los bárbaros. Ahora veo que Dios me ha dado, no uno, sino dos hijos adoptivos: a uno lo tengo en la rodilla izquierda y al otro en el brazo.

Los dos hijos a que se refería Rosa eran los dolores que más la castigaban en aquel instante final. Pero, y tal como lo había sabido con antelación misteriosa, fué el tormento de la sed el que pesó más rigurosamente en la balanza de sus torturas. Con la garganta reseca volvía sus ojos a la mujer del contador que no se apartaba de su lado:

—Madre, le suplicaba, dame una gota de agua siquiera. Tengo tanta sed que bebería con gusto hiel y vinagre.

Pero doña María se negaba, diciéndole, como era verdad, que los médicos lo habían prohibido temerosos de agravar sus dolencias. Entonces la virgen insistía:

—Acuérdate, madre, de la palabra que me diste hace cuatro meses, cuando te rogué que llegada esta hora me dieses toda el agua que te pidiera.

Con dolor inmenso la buena mujer le decía que no. Y Rosa, puesta en cruz, debió llevar hasta ese punto su imitación del Crucificado, diciendo como él en su agonía:

—¡Tengo sed! ¡La sed me devora!

XV. MUERTE DE ROSA

Llegó al fin para la virgen el instante dichoso en que, renunciando los hombres al ya inútil cuidado de su tierra mortal, la dejaron en holgura de preparar su alma y de cumplir los gestos que convienen a tan grave partida. Confesó muchas veces, hojeando y volviendo a hojear una conciencia que, siendo tan delicada como la flor de su nombre, le sugería mil escrúpulos, llantos de contrición y ayes de angustia. Y se vió así que Rosa, no habiendo lanzado un solo grito por los dolores de su carne, gemía por su alma en el umbral del día eterno que ya le mostraba sus albores.

Pero no bien hubo recibido la forma eucarística y el óleo de la extremaunción, exaltóse su alma en arrebatos de alegría, tal como si en sus oídos maravillados resonasen ya en toques de boda las campanas celestes. Entre los muchos que la asistían en su trance mortal estaba el padre Bartolomé Martínez, al cual suplicó Rosa que le leyera un formulario para rogar a Dios por todos los que la hubiesen ofendido en este mundo; el sacerdote leyó las fórmulas, y ella las fué

repitiendo con unción, alegrándose en su alma de imitar a Cristo en aquel perdón que también ella, desde su cruz, otorgaba a sus ofensores. Pero sobresaltándose luego al pensar en los que tal vez había ofendido ella misma, convocó en torno suyo a todos los familiares de la casa y les rogó muy de veras que la perdonasen, ya que bien sabía ella cuánto los había molestado con su vivir singular y poco tratable.

—Porque, agregó, no está lejos el instante en que vuestra casa se vea libre de esta rosa maloliente.

Lloraban todos al escucharla y sobre todo al recordar su inocencia, su dulzura y el buen deseo de agradar que siempre les había manifestado a todos. Entonces don Gonzalo, sabiendo lo mucho que Rosa deseaba tener su sepultura en Santo Domingo y temeroso de que la parroquia se la disputase a la Orden, se valió de un ardid para que la virgen solicitase por escrito a los dominicanos la limosna de una sepultura. Rosa firmó la solicitud con indecible gozo, al pensar que su tumba le sería dada como limosna, y ni sospechó, en su grande humildad, que antes de morir ya se disputaban sus reliquias.

Entre tanto la inminencia de su fin se hacía visible a todos los presentes. Un religioso, viéndola sufrir como nunca, le decía que tuviese ánimo, ya que se acercaba el dichoso término de su jornada en que recogería el fruto de sus dolores. A lo que respondió la virgen:

—Eso es lo que estoy rogando a mi Señor, que estos incendios me dispongan de suerte que, como fruta madura, pueda partir de aquí y ser puesta en la mesa de la gloria, sin que sea necesario gastar tiempo en las llamas del Purgatorio.

Al mismo tiempo se hacían más frecuentes los éxtasis con que anunciaba ya su tránsito a la bienaventuranza:

—¡Oh padre —le dijo de pronto a uno de sus consejeros—, si el corto plazo que me queda de vida lo permitiera, qué cosas tan dulces, tan preciosas y tan altas podría decirte de la dulzura divina!

Llegó el instante de los adioses. La virgen se despidió de sus padres rogándoles que le concedieran su bendición ya que le restaba "tan poco de la vida que ellos le habían dado", y lo mismo hizo con don Gonzalo y doña María de Usategui, sus padres adoptivos; luego encargó a sus dos hermanos que "atendiesen a honrar y servir a sus padres con diligencia"; por fin se dirigió a las hijas del contador aleccionándolas con tanta sabiduría como dulzura. Fray Juan de Lorenzana, viéndola con tanto ánimo, creyó que no moriría esa noche y se despidió hasta la mañana siguiente. Pero la virgen, sabiendo que le quedaban sólo cuatro horas de vida, le pidió la bendición diciéndole:

—Has de saber, padre mío, que esta noche, cuando empiece la fiesta de San Bartolomé, he de partir a celebrar eternas fiestas en el cielo.

Era, efectivamente, la medianoche cuando resonó en la casa una voz que decía:

—Ya está aquí, ya llega el Esposo. ¡Salid a recibirle con los brazos abiertos!

Oyendo que la llamaban, Rosa pidió la vela de los agonizantes, se santiguó por última vez y rogó a su hermano que le retirase la almohada. Entonces, reclinando su cabeza en el duro leño de la cabecera, expiró dulcemente mientras decía:

—Jesús, Jesús sea conmigo.

SANTA ROSA, PATRONA DE AMÉRICA
Dibujo de Matías de Yrala, grabado por Clemente Puiche, 1711.

APÉNDICE

DESCRIPCIÓN DE LAS EXEQUIAS DE ROSA

POR EL

P. LEONARDO HANSEN, ILUSTRE BIÓGRAFO DE LA SANTA

YA SE había publicado por todo Lima, que aquella tarde había de ser el entierro de Rosa; y algunas horas antes la multitud del pueblo había llenado las plazas y las calles, a pesar de ser ellas anchurosas y capacísimas. Desde la casa del contador D. Gonzalo hasta el convento de Santo Domingo hay casi una milla de distancia; y, con todo eso, apenas cabía en todo aquel espacio la gente que estaba amontonada por las bocacalles; donde, no voz de pregonero, ni aviso de campanas, sino sólo la devoción particular de cada uno había conducido. Salió el Ilustrísimo señor Arzobispo de su palacio con intentos de honrar con su presencia la pompa funeral; mas desconfiando que pudiese romper el coche, por los millares de gente que ocupaban el paso, sin llegar a la casa de D. Gonzalo, habiendo intentado en vano ejecutar su propósito, se determinó de torcer el camino y esperar el entierro a la puerta de la iglesia de Santo Domingo. Al mismo tiempo, como si hubiera procesión general, con gran frecuencia, por diversas calles concurrieron a casa de D. Gonzalo diversas cofradías, sin haber intervenido mandato del Arzobispo, ni invitación de persona alguna, ni quien les ofreciese limosna porque sa-

liesen. También vinieron los religiosos mendicantes con sus insignias y guiones. Luego vino el cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana voluntariamente, fuera de lo que acostumbraba; pues sólo hacía esta demostración cuando se enterraban sus arzobispos. Juntóse al acompañamiento la Audiencia y los Oidores, que rara vez hacen tales demostraciones, sino en la muerte de los virreyes. No tienen número ni cuenta los caballeros y personas nobles que concurrieron, por ser grande la multitud; siendo para todos prodigio estupendo el verse congregados y juntos donde nadie los había convidado. No fué menos solícita la piedad de las ilustres matronas, ni el deseo que tenían de ver, por vez última, a Rosa ya marchitada. Por donde había de pasar el entierro ocuparon los balcones las damas de mayor porte; los corredores, ventanas y azoteas se veían llenos de toda clase de personas, unas sobre otras, amontonadas por todas partes. Hasta los tejados negreaban, poblados de gente de toda edad y estado. Tanto como todo esto montaba en el concepto de todos presenciar el entierro de una pobrecita hija de un soldado apenas conocida en Lima. Nunca se vió más conmovida esta noble ciudad.

Salió al fin, cuando caía la tarde, abiertas de par en par las puertas de la casa de D. Gonzalo, el féretro que llevaba la preciosa prenda, que al principio tomó en sus hombros voluntariamente el cabildo, arrimando el hombro a las andas sus prebendados; obsequio sólo usado con los arzobispos difuntos. Después de haber pasado la primera plaza con grave y lento paso y llegando a las Cuatro calles, sucedió en este piadoso oficio la Audiencia, llevando los señores Oidores, sobre sus hombros, el féretro; después les sucedieron los prelados de las religiones, variándose a ciertos puestos que dividían las calles. Iban a los lados, haciendo escolta y dando paso, los soldados de la guardia del Virrey,

armados, que desviaban la gente, no sin mucho trabajo, y también impedían que cortasen los hábitos de la virgen; porque como todos a gritos decían que era una santa, así estaban ansiosos de quitarla algunas reliquias, y lo hubieran logrado si las alabardas de la guarda no la hicieran muro. Y es cierto que si no se hubiera puesto coto al tumulto de gente con esta defensa, si se les hubiera permitido obrar libremente y dejarse llevar de su devoción, había gran peligro o de que no llegara la virgen al templo, donde había de tener sepultura, o de que llegara la menor parte de su cuerpo. A pesar de haber sido tan grande el cuidado que se puso en guardarla, no pudo excusarse que, al llegar a la puerta de Santo Domingo, la quitasen parte de los vestidos, la corona y la palma, siendo necesario buscar de nuevo otras insignias para ponerla en el túmulo.

Estando parado el féretro a la puerta del templo, cuyos umbrales tantas veces había pisado en vida, para echarla agua bendita, a muchos les pareció que, el rostro virginal se había bañado de nueva y singular hermosura, aumentando de este modo su belleza. La blancura de las tocas y de todo el hábito con que la habían amortajado, indicio de la pureza de la virgen, prestaban a ésta increíble gracia y vistoso aliño. El cadáver tenía tratable el cuello y los artejos de todo el cuerpo, lo que causó admiración profunda en todo el concurso. Después de entrar en la iglesia fué colocada en un majestuoso túmulo, que por medio de gradas se iba elevando desde el suelo hasta las bóvedas; y con portento más prodigioso parece que también le daba la bienvenida la Reina de los ángeles, pues en esta sazón vieron cuantos allí estaban que la imagen del Santísimo Rosario, que estaba en su capilla, despedía gran resplandor del rostro. Concurrió, visto este prodigio, a la capilla gran multitud del pueblo, que, indeciso entre temor y alegría, soltó la rienda

a las lágrimas, crecieron los gritos de los que la invocaban y pedían mercedes; y no faltaron muchos que decían que también había sudado la santa imagen; pero averiguado mejor el caso, se sacó en limpio, que sólo era resplandor que despedía la imagen, indicio manifiesto de que la Reina de las vírgenes aplaudía la pureza de su Rosa.

Para impedir los atropellos de la multitud rodearon el túmulo algunos religiosos del convento, dejando libre un pequeño espacio por donde pudieran acercarse a las sagradas reliquias los enfermos, que con esperanzas no mal fundadas se llegaban para alcanzar salud. Poco más apartada estaba la guardia del Virrey por detener las olas de la gente, si ser pudiese, aunque apenas pudo salir con sus intentos, porque fué tanto el ímpetu y la apretura, que aun la música no podía, como quisiera, cantar el oficio de los difuntos, estando cerca del altar mayor.

Asistían a los oficios el Arzobispo de Lima, la Real Audiencia, el Cabildo metropolitano, los Prelados de las religiones y la numerosa nobleza de Lima. Dispuesto, pues, todo, cuando ya estaba para comenzarse el oficio de la sepultura y llevar el cuerpo desde la iglesia a la fosa, que estaba abierta en el capítulo del convento, de repente fué tanta la vocería del pueblo que se oyó en el templo, tantos los alaridos desentonados y lamentables de los que pedían el favor de la virgen, que hubieron de dejar por entonces la procesión, temiendo la confusión y el tumulto; haciendo correr la voz de que no se enterraba a Rosa aquel día y que al siguiente la habían de dar sepultura. Con esta esperanza se consolaron muchos y dieron vuelta a su casa para volver al tiempo señalado. Así, poco a poco, se fué desocupando la iglesia, saliendo en tropel la gente; con lo que pudo la nobleza y lo más lucido de Lima tener lugar de acercarse más al cuerpo de la sierva de Dios y besar aquellas manos inocentísimas. Apercibida de esto la multitud curiosa volvió a reunirse cerca del túmulo, lo que advertido por el Sr. Arzobispo, con acciones y señas, porque la voz con el mucho estruendo no podía oírse, dijo a los Padres que allí asistían que la llevasen a la sacristía; pero ni aun allí pudieron verse libres del aprieto y del concurso; y así determinaron llevar el venerable cuerpo al noviciado, que estaba más retirado y más guardado con llaves y puertas, siguiendo el ataúd el Sr. Arzobispo con algunos pocos que le acompañaron; insistían en no querer perderla de vista enjambre de gentes, las que fácilmente echaran en tierra las puertas que estorbaban el paso, si no los detuvieran la reverencia del convento y los muchos Religiosos que se juntaron para despedirlos. Finalmente, se buscó lugar más apartado, y así le pusieron en el oratorio del Noviciado, donde estuvo toda aquella noche velada por los Religiosos que señaló el Prelado. Aquí fué donde, despertando al silencio y la quietud el fervor, puesto de rodillas el Sr. Arzobispo, tomando con sus manos la de la virgen, con suma reverencia, ternura y devoción, la dió muchos ósculos, y conoció entonces que no sólo tenía flexible y tratable la muñeca, sino también todos los artejos de la mano y dedos, como si actualmente estuviera viva. Halláronse presentes algunos Oidores de la Real Audiencia, teniendo a gran dicha besar, puestos de rodillas, el ruedo de los hábitos; y que varones tan graves y circunspectos no pudiesen detener las lágrimas, por más que procuraban disimularlas.

Apenas los primeros crepúsculos despuntaban entre confusas luces por el Oriente, dando alegres nuevas del día, cuando los que velaban a Rosa, por orden del Prior, restituyeron la preciosa y venerable prenda a la capilla mayor de la iglesia donde había estado la tarde antecedente, poniéndola sobre la parte más elevada del túmulo. Después,

abriendo de par en par las puertas del templo, entraron, agolpándose unas a otras, multitud de gentes a toda prisa y ocuparon toda la iglesia, tomando tan de antemano puesto, teniéndose por más venturoso el que pudo coger sitio más elevado. Sobre los bancos, canceles, rejas, escaños y tarimas subía la gente, porque no les embarazasen la vista. Mas en oyendo el clamor de las campanas, que anticipando el tiempo acostumbrado hacían señal para cantar la misa y oficios y dar tierra a la virgen, súbitamente se llenó lo restante del templo, que con ser tan capaz, era angosto para los muchos que iban entrando. No sólo los vecinos de Lima, como el día anterior, sino todos los de seis leguas en contorno, sin que nadie les llamase, asistieron aquella mañana al entierro de Rosa. Otra vez volvió la guardia del Virrey a tomar las puertas y despejar la entrada, y si el día antes con dificultad podían detener la multitud que acudió al entierro, al siguiente fueron inútiles la fuerza y las amenazas de los soldados para poner orden entre tanta gente. A competencia toda edad y sexo con apremio y ahogo se atropellaba a las puertas. Éste rogaba desde lejos que de mano en mano tocasen al cuerpo de la virgen el rosario, aquél los agnus, otros medallas y coronas, y cuanto tenían a mano que fuese de estimación. Por esta parte una multitud de baldados y enfermos, cojos, mancos y tullidos pedía como de derecho que hiciesen lugar para llegar a pedir remedio a Rosa y conseguir salud tocando las andas. Por aquel otro lado iban pasando los niños sobre las cabezas de todos, para que Dios los guardase de todo mal por medio del contacto del sagrado cadáver. Y con ser tanto el cuidado, la cautela y vigilancia de los soldados y de los Religiosos que la defendían, no bastó para que otros más sutiles y prestos no quitasen por muchas veces a la difunta los velos, cabellos y parte de los hábitos, que después dividían en me-

nudos trozos con pretexto de ser reliquias. Seis veces fué necesario volver a vestir a Rosa antes de enterrarla. Por lo cual todos los afanes no eran ya tanto por guardar los hábitos, cabellos y tocas, sino el mismo cuerpo; porque era tanto el fervor, el tropel y las ansias de tener reliquias, que no reparaban en destrozar el cadáver y llevarle en pedazos por preciosas reliquias. Llegaron a cortarla un dedo; no se sabe si con hierro o con los dientes.

Entre este bullicio, recogiéndose los Religiosos al coro, se dió principio con solemnidad a la misa, asistiendo de pontifical el Ilmo. Sr. D. Pedro de Valencia, Obispo de Guatemala, que introducido por un postigo de la sacristía, porque era imposible romper por la gente que llenaba la iglesia, quiso hallarse presente y hacer el oficio de la sepultura después de la misa. Resonaba la iglesia con gritos continuados que a la virgen aclamaban por santa, con tal estruendo, que ni se oía el canto de los Religiosos que estaban en el coro, ni ellos podían percibir ni responder al preste y ministros que estaban en el altar. Hacían señal con campanillas para que respondiesen a punto pero fué en vano la industria, porque prevalecía la gritería del pueblo, que en voz alta la llamaba santa. Fué el último remedio bajarse los cantores al altar mayor, ponerse muy cerca para poder oír y ser oídos de los que oficiaban. De esta suerte se acabó la misa, que entre ruidosa vocería se cantó por la mayor parte con canto silencioso y sólo por señas de ceremonias, pues casi nadie pudo oírla. Después el Sr. Obispo, dejando su sitial, se acercó al túmulo para incensar el cuerpo, rociarle con agua bendita y para entonar los responsos y salmos que habían de cantarse durante la procesión que se iba a hacer para llevar el cadáver al sitio en que había de ser enterrado. Volvió otra vez a gemir el pueblo con voces más crecidas y desentonadas; volvió otra vez el

tropel y atropellarse unos a otros por tocar últimamente con las manos a su querida y venerada Rosa, otros por besarla la mano, si pudieran, o a lo menos la ropa, otros siquiera por saludarla, aunque fuese de lejos, y dar el último adiós a quien no habían de ver más con sus ojos. Otra vez volvía la prisa de tocar rosarios, cruces, medallas y cortar con tijeras los hábitos para tomar reliquias. Viendo esto el prudente Prelado, y temiendo que la violencia fuese pasando más adelante, volviéndose al Prior y a los otros religiosos que le acompañaban, les amonestó que evitasen el peligro con dilatar otra vez el entierro; porque por entonces no le parecía tiempo a propósito para que el sagrado cuerpo llegase entero al sepulcro, habiendo de romper por tanta gente y defenderse de tantas manos como le acometían para llevarse reliquias. Siguieron los Padres este consejo, y con voces, señas y acciones daban a entender al vulgo que por orden del Sr. Obispo se dilataba el sepulcro a Rosa hasta tiempo más acomodado. Recibió esta alegre nueva con gratos oídos el pueblo, y persuadióse de ello, viendo que se desnudaba el preste las vestiduras pontificales, que tomaba el coche y que partía a su casa.

Era eficaz argumento para confirmar la creencia en que estaba el pueblo de la santidad de Rosa, así la hermosura del cadáver como la milagrosa fragancia que despedía; todo lo que parece evitaba el peligro de corrupción, fealdad o mal olor que podía temerse si se dilataba por algunos días dar sepultura al cadáver. Todavía estaba el rostro de la difunta en el mismo ser, con la frescura y hermoso aspecto que cuando acabó de expirar, y esto lo veían todos. Treinta y seis horas habían pasado desde su muerte y perseveraban en la boca, en los labios, en los ojos medio cerrados y apaciblemente dormidos y en las manos, los mismos indicios de incorrupción que se advirtieron al principio, y esto entre

el humo de tantas hachas como allí ardían. A pesar de estar la atmósfera del templo tan pesada, efecto de la mucha gente que continuamente entraba y salía y de ser tanto el polvo que la misma levantaba, con todo la virgen ni tenía denegrida la cara, ni había perdido el carmín de las mejillas, ni se notaba amarillez en el rostro, ni se habían marchitado ni descolorido los párpados, ni aparecía en fin ninguna de las señales que se advierten en los otros cadáveres. Finalmente, no parecía a los que la miraban que estaba muerta, sino dormida. Pero la admirable y celestial fragancia que el cuerpo despedía no desapareció del todo ni cesó en el sepulcro, como se vió después de diecinueve meses, según diremos en el capítulo siguiente, cuando al mudarla de sitio se notó el mismo olor que percibieron los que estaban presentes el día del entierro. Unos decían que era semejante al del agua rosada de ángeles; a otros les parecía que era una mezcla de cuantas flores pueblan los jardines; y que sabía más al de las azucenas, bálsamo y rosas. Los más cuerdos juzgaban que era más subido y más suave; y para los que vivimos desterrados del Paraíso por nuestros pecados, peregrino y desconocido.

Todas estas cosas aseguraron al pueblo y le indujeron a creer que se dilataba el entierro y que sería en público, y así al mediodía fué desocupando la iglesia y se volvió a sus casas. Libre de gente el templo y cerradas, como es costumbre, las puertas, no se podía desear tiempo más acomodado, para dar sepultura a Rosa, que aquél en que todos entendían que estaba comiendo la comunidad. Y así, viéndose desahogados los religiosos de tanto tumulto dispusieron de repente la procesión. Callaron las campanas, fué el canto en voz baja, llevároнse al capítulo las preciosas reliquias de la virgen, donde, puestas en una curiosísima arca de cedro, quedaron cerradas, clavando fuertemente la cu-

bierta del ataúd; llenóse de tierra la sepultura, cubrióse de argamasa y ladrillos. Puestos así en cobro y seguridad los ricos despojos, y cumplidas las ceremonias y rezos que señalan las rúbricas, se fué la comunidad al refectorio. No tardó en volver a bandadas la gente, después del mediodía, de modo que se llenó de nuevo la iglesia con mayor frecuencia. Pero apenas se apercibió de que su amada prenda había desaparecido del templo, cargó de golpe sobre la puerta del claustro, quebrando el pestillo y entróse en el capítulo, diciendo en alta voz que era santa la virgen; y no pudiendo echar mano de otra cosa, cargó a porfía con la tierra del sepulcro, que llevó por reliquias. Desde allí adelante, por más de un mes, fueron muchos los coches de personas ilustres que iban a visitar la casa antigua de Rosa, para venerar la humilde celdilla del huerto que había habitado tanto tiempo, gozando de quietud y retiro, ocupada en oración y ejercicios virtuosos de devoción y espíritu. Preguntaban con diligencia y buscaban con cuidado en casa de sus padres y del contador D. Gonzalo, si habían quedado algunas alhajas, lienzos u otras cosas que hubiesen servido a Rosa, para guardarlas con gran veneración y grata memoria.

Aumentábase cada día la frecuencia del pueblo, que venía a visitar el sepulcro, porque cada día crecían los beneficios que allí recibían los enfermos, recobrando la salud; y no parecía que podía satisfacerse al honor que se debía a la virgen, hasta que se celebrasen más solemnes exequias, a que el señor Virrey había pedido le convidasen. Se señalaron para el veintisiete de agosto, que parecía día menos ocupado para este príncipe. Mas por ser domingo, día en que no es permitido cantar oficios de difuntos si no hay cuerpo presente; por consejo del Arzobispo se señaló el día más cercano que no estuviese impedido. En éste no pudo asistir, atendiendo al forzoso despacho y negocios urgentes; y de esta

suerte, variándose el día, se fué dilatando, ya por imposibilidad del Virrey, ya del señor Arzobispo; hasta que uno y otro de repente se resolvieron y concertaron en que se hiciesen las honras el día cuatro de setiembre. Fué esta determinación tanto más a gusto de entrambos, cuanto que después supieron que este mismo día es en el que, según el calendario romano, celebra la Iglesia la fiesta de otra Santa Rosa de la Orden del seráfico Padre San Francisco; y que haber concordado en que fuese este día, no fué con advertencia ni industria humana, sino con impulso divino. Asistieron, pues, al tiempo determinado, el señor Arzobispo, el Virrey y todos los eclesiásticos y magistrados seglares y muchedumbre de pueblo, que de nuevo volvió a llenar la iglesia de Santo Domingo. Predicóse de Rosa, díjose mucho de su feliz y admirable vida y elogios dignos de sus méritos; celebróse con gran pompa y majestuoso ornato la misa; templó la inquietud del pueblo la dolorosa ausencia de Rosa, y así pudo oírse el sermón: convirtióse todo en oraciones, y mientras el sacerdote ofrecía el sacrificio por ella, se encomendaban todos juntos a la virgen, pidiendo a voces fuese con Dios su intercesora.

Cuando esto pasaba en la ciudad de Lima, la fama había ya esparcido el nombre admirable de Rosa por todo aquel reino; sin haber dejado ciudad, villa ni aldea donde no llegase a noticias de todos. En todas partes aclamaron sus virtudes con aplausos y señales públicas de alegría. Potosí, que dista de la ciudad de Lima trescientas leguas, hasta entonces no conocía el nombre de Rosa y mucho menos la persona; pero apenas tuvo nuevas del bienaventurado tránsito de la virgen, con soberano impulso se enfervorizó, siendo común la alegría con que la celebraban. Sonaron en las torres los bien templados metales de las campanas, resplandecieron por toda la ciudad luminarias, se oyeron

por doquiera sus alabanzas. Así de uno a otro pueblo pasó la voz; y toda aquella región dilatada del Perú, que no conocía a Rosa cuando vivía, después de muerta la celebró con júbilos, aclamaciones y voces de alabanza; porque todos se prometían que habían de recibir por su intercesión consuelo, defensa y sufragios. Y no les engañó su deseo ni su esperanza, como se dirá más adelante.

ALGUNOS PÁRRAFOS DE LA BULA DE CANONIZACIÓN DE ROSA

"CLEMENTE, Obispo, Siervo de los siervos de Dios, para perpetua memoria. El celestial Padre de familias cuya naturaleza es bondad, cuya voluntad es poder y cuya obra es misericordia, luego que vió que los Indios convidados a la grande cena de su divinidad se excusaron por indignos, despachó a un criado fiel, que por las plazas y calles le recogiese y trajese por convidados a su Mesa a cuantos hallase. Pero no contento ni con tanta multitud de pobres, ciegos y débiles, ni con tan crecida copia de baldados y tullidos, ni con los que estaban cerca ni con los que estaban lejos; mandó al mismo siervo que volviese a ver hasta las últimas gentes y las convidase a todas para aquella mesa real en que estaban prevenidas no pocas viandas, sino todos los regalos, dulzuras y abundancias del cielo y de la tierra, hasta llenarle de convidados el real Palacio. De todas partes: de Asia, del África y de Europa fué recogida una grande multitud de Santos, varones y mujeres de toda edad, condición y grado. Sola la América yacía hambrienta y enferma, ni conocía el misterioso secreto del Señor que quiere la salud de todos, ni podía oír las voces del criado que llamaba; hasta que vino

"la plenitud de los tiempos, y, por medio de los ministros "fieles, resonó la voz del Padre de familias en los oídos "de los que yacían sentados en las tinieblas y sombras de "la muerte; y fué llevado el Evangelio más allá de los ríos "Indo y Ganges y el Ecuador, y por todos los ángulos del "mundo buscados los Gentiles hambrientos, para que en el "dispuesto convite de tan sabrosos y substanciales manjares "se sentasen a comer con el Dios de Abraham, Isaac y "Jacob en su Real Palacio. Finalmente, más allá de los "confines de todo el antiguo orbe en grandísima distancia, "hasta las últimas del Océano Atlántico y hasta las pos- "treras playas de las Indias Occidentales que cercan las "inmensas orillas del mar que llaman Pacífico, una y otra "vez obligó a aquel su fiel siervo, por el cual, como lo "expone y explica el Máximo Doctor de esta Santa Ro- "mana Iglesia, nuestro predecesor San Gregorio, se en- "tiende la Orden de Predicadores, a que llegase al Perú, "donde, a una con aquellos que con su feliz entrada en "aquella grande Región la sujetaron a Dios y a la Santa "Iglesia Romana, entró la primera esta Orden, que por "singular privilegio de esta Santa Sede Apostólica mucho "ha que es conocida por el título de Predicadores, y antes "que todas las otras anunció el santo Evangelio de Jesu- "cristo a la gentilidad del Perú; siendo también la primera "Religión que con su sangre rubricó la palabra de la salu- "dable predicación, convidando eficazmente a aquella gen- "tilidad a la Cena del Cordero inmaculado; y con su pala- "bra, trabajo y sangre, cultivada en aquella rica Región, "para alegría de la Cena de la Iglesia Universal, así mili- "tante como triunfante, entre otras flores de cristiana pie- "dad produjo una Rosa de muy suave olor a Dios, a los "Angeles y a los hombres, dechado el más acabado de per- "fección evangélica y la primera que del Nuevo-Mundo se

"ha de poner en el catálogo de los Santos. Y como hubiese "nacido y fuese dada para esto, el Dispensador de todos "los bienes la llenó del Espíritu de sabiduría y de inteli- "gencia; y de tal manera la inflamó con el fuego de su ca- "ridad, que no sólo recreó con el olor, sino que brilló con "luz esplendente en aquella parte de la Casa de Dios que "estaba en las tinieblas; para que resplandeciese como el "lucero de la mañana entre las tinieblas, como la luna en "su plenitud en nuestro días y como el sol refulgente en "perpetuas eternidades.

"Juzgamos, pues, justo y muy conforme a la razón que "aquélla a quien nuestro Señor Jesucristo, cuyas veces hace- "mos en la tierra, se dignó manifestar como esposa suya "muy amada y singularmente escogida y adornada con sus "joyas y coronas: Nos, también, por la obligación de nues- "tro cargo en toda la Iglesia universal, a la cual presidi- "mos sin méritos nuestros, la declaremos como Santa, esco- "gida por Dios y digna de veneración; para que desde el "Oriente al Occidente todas las lenguas y todos los pueblos "confiesen que el Señor siempre es grande en todas sus obras "y muy digno de alabanza en sus maravillas; porque aun "en nuestros días no nos faltaron sus misericordias; y aun- "que nos castigó como Padre, porque así lo exigen nuestras "culpas, sin embargo, no se olvida para siempre, sino que "en nuestras angustias no deja de ampararnos con el auxi- "lio continuo de sus amigos y escogidos, y nos fortalece y "defiende con el patrocinio de sus méritos y sufragios; y "para que conozcan los fieles de Cristo nuestro Señor cuán "grande sea este ejemplo de santidad que en el Nuevo Mun- "do, en las presentes calamidades y peligros, alumbró a toda "la Iglesia; por esto determinamos manifestar en estas "nuestras Letras sus dones más preciados, las virtudes y "las acciones más heroicas, entre muchas muy admirables

"que le comunicó el Señor; para que su santidad, aprobada "por esta Cátedra Apostólica, brille siempre más y más en "todo el mundo.

. . . . . .

"Y como no faltase cosa alguna de las que se requieren "para la sacrosanta función de la Canonización de Rosa, "esposa muy amada de Cristo Nuestro Señor, conforme a "la autoridad de los Santos Padres, Decretos de los sa- "grados Cánones, antigua costumbre de la Santa Romana "Iglesia y de lo mandado por los nuevos Decretos, rogán- "donos nuestros carísimos hijos en Cristo, Mariana, Reina "Gobernadora y también Carlos II, Rey de las Españas, "toda la Orden de los Frailes Predicadores de Santo Do- "mingo, el Reino del Perú y todas las provincias de Amé- "rica; y añadiéndose a éstos los ruegos e instancias de nues- "tros Venerables Hermanos los Arzobispos y Obispos de los "reinos de España e Indias; juzgamos ser justo y debido "que a la sobredicha Beata a quien el mismo Señor cada "día glorifica más y más desde los cielos, Nos, también la "veneremos, alabemos y glorifiquemos en la tierra. Por lo "cual determinamos que en el presente día, públicamente, en "la sacrosanta Basílica del Príncipe de los Apóstoles, ce- "lebrado el Sacrificio de la Misa, se hiciese su Canoniza- "ción. Y el mismo día, en la misma sacrosanta Basílica "Vaticana, en la cual con solemne rito, acompañado de los "Cardenales de la Santa Romana Iglesia, Patriarcas, Ar- "zobispos y Obispos, y de nuestros amados hijos los Pre- "lados de la Corte Romana, Oficiales y nuestros Familia- "res, y del Clero secular y regular y de mucha concurrencia "de pueblo, estuvimos por la mañana; y repetidos por tres "veces los ruegos y las instancias para el Decreto de la "Canonización, hecha a Nos por el amado Luis del Título "de Santa Sabina Cardenal Portacarrero, después de los

"sagrados himnos, letanías y otras oraciones, implorada "como se acostumbra la gracia del Espíritu Santo:

"A honor de la Santa e Individua Trinidad y exalta- "ción de la Fe Católica, por la Autoridad de Dios Omni- "potente Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de los Bienaven- "turados Apóstoles Pedro y Pablo, y Nuestra; de consejo "y unánime consentimiento de nuestros Venerables Herma- "nos los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, Patriar- "cas, Arzobispos y Obispos que se hallan en la Corte Ro- "mana: DEFINIMOS que la Beata Rosa de Santa María, "virgen de Lima, de cuya vida, santidad, sinceridad de fe "y excelencia de milagros consta plenariamente, es SANTA, "y DECRETAMOS que como tal debe ser inscripta en el "catálogo de las Santas Vírgenes, como por el tenor de las "presentes así lo DETERMINAMOS, DEFINIMOS Y "CONFIRMAMOS; mandando y estableciendo que su me- "moria deba ser celebrada cada año entre las Santas Vír- "genes, por la Iglesia Universal, el día 30 de Agosto. En "el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. "Amén.

"Con la misma Autoridad, a todos y cualesquiera, que "verdaderamente contritos y confesados, todos los años en "el día de la fiesta de la Santa Rosa visitaren el sepulcro "donde descansa su cuerpo, les remitimos misericordiosa- "mente en el Señor, en la forma acostumbrada, siete años y "otras tantas cuarentenas de las penitencias que se les hu- "biesen impuesto; y de otras, en otra manera debidas. Des- "pués de todo esto, habiendo venerado con alabanzas y ac- "ciones de gracias a Dios Padre Eterno y al Rey de la "gloria Cristo Señor Nuestro, Hijo sempiterno del Padre, "y al Espíritu Santo Paráclito, y cantado solemnemente "el sagrado himno Te Deum; hemos rogado con particular "oración a honor de Santa Rosa por sus merecimientos y

"celebramos Misa con conmemoración de la misma Santa "en el altar de San Pedro Apóstol, y concedimos Indulgen- "cia plenaria y remisión de todos sus pecados a todos los "fieles cristianos presentes.

"Ahora, pues, por tan singular beneficio, con toda hu- "mildad bendecimos y glorificamos a Dios Padre Omnipo- "tente, a quien se deben bendición, honor, gloria y poder "por los siglos de los siglos; pidiendo a Su Majestad con "ruegos continuos, que por la intercesión de esta su esco- "gida, apartando sus ojos de nuestros pecados, tenga piedad "de nosotros y mire a nosotros a quienes ha manifestado "su misericordia en medio de su templo; pues que nos ha "dado un nuevo amparo de toda la América contra las "antiguas acechanzas del demonio y los errores de la infi- "delidad, y a todos nos ha concedido ante su divina Ma- "jestad una Abogada y Protectora, para tranquilidad de "la santa Iglesia, aumento de la Fe Católica y luz y con- "versión de los infieles.

"A más de esto, porque fuera cosa dificultosa que las "presentes Letras fuesen presentadas a todos los lugares en "que sería necesario, QUEREMOS que a sus trasuntos y "ejemplares, aunque sean impresos, firmados de cualquier "Notario público y sellados con el sello de cualquier per- "sona constituída en eclesiástica dignidad, se les dé entera "fe y crédito, como si las presentes, originalmente fuesen "exhibidas y presentadas.

"A ninguno, pues, de los hombres, sea lícito quebrantar "este escrito de nuestra definición, decreto, confirmación, "mandato, estatuto, concesión, diminución, liberalidad y "voluntad, o contradecirlo con temerario atrevimiento. Y si "alguno presumiere intentarlo, entienda que incurrirá en la "indignación de Dios Todopoderoso y de sus Bienaventu- "rados Apóstoles San Pedro y San Pablo. Dada en Roma

"en San Pedro, el día doce de Abril, año de la Encarna- "ción del Señor, mil seiscientos setenta y uno, y tercero de "nuestro Pontificado. — Yo, Clemente, Obispo de la Iglesia "Católica". (Siguen las firmas de treinta y cinco Carde- nales).

SONETO DE LUIS DE TEJEDA

POETA CORDOBÉS DEL SIGLO XVII

A SANTA ROSA DE LIMA[1]

NACE en provincia verde y espinosa,
tierno cogollo; apenas engendrado
entre las rosas, sol es ya del prado,
crepúsculo de olor, rayo de rosa.

De los llantos del alba apenas goza,
cuando es del Dueño singular cuidado,
temiendo se le tronche o rudo arado,
o se le aje mano artificiosa.

Mas ya que del cairel desaprisiona
la virgen hoja, previniendo engaños,
la corta y pone en su guirnalda o zona.

Así esta virgen tierna en verdes años
cortó su Autor, y puso en su corona:
¡Oh bien anticipados desengaños!

---

[1]) Clemente IX beatificó a esta virgen el 12 de febrero de 1668; y Córdoba (Argentina) festejó solèmnemente este suceso el 24 de mayo de 1670.

ÍNDICE

I. Los nombres de la Rosa 7
II. Infancia 10
III. Educación de Rosa 13
IV. De cómo Rosa construye su celda 18
V. La vida penitencial de Rosa 27
VI. De cómo Rosa fabrica su corona 32
VII. Los ayunos de Rosa 35
VIII. Historia de una cama 38
IX. Rosa se ejercita en la caridad 42
X. Mística boda de Rosa..... 47
XI. Recibe Rosa visitas del cielo 51
XII. Rosa pelea con el diablo 55
XIII. El prodigio de la imagen que suda 61
XIV. Los últimos días 67
XV. Muerte de Rosa 73

APÉNDICE 78
Descripción de las exequias de Rosa, *por el P. Leonardo Hansen, ilustre biógrafo de la Santa* 79
Algunos párrafos de la bula de canonización de Rosa.. 91
Soneto a Santa Rosa de Lima, *por Luis de Tejeda, poeta cordobés del siglo XVII* 99

COLECCIÓN BUEN AIRE

VIAJES Y CRÓNICAS

1. — Buenos Aires visto por viajeros ingleses ..... $ 2.50
5. — Estados Unidos, *por Domingo F. Sarmiento* ..... » 2.50
7. — Viaje al Río de la Plata, *por Ulrico Schmidl* ..... » 2.50
9. — Relación del primer viaje de Don Cristóbal Colón, *por Fray Bartolomé de las Casas* ..... » 3.25
19. — Descubrimiento del Amazonas, *por el P. Cristóbal de Acuña* . » 3.00
22. — Aventuras de Jaime Rasquin, *por Enrique de Gandía*.... » 3.00
24. — Viaje por el Virreinato del Río de la Plata, *por Tadeo Haenke* ..... » 3.00
28. — Tihuanacu..... » 3.50

POESÍAS Y CANCIONEROS

2. — Cancionero del tiempo de Rosas..... » 2.50
8. — Lira romántica suramericana..... » 2.50
14. — Cancionero de Manuelita Rosas ..... » 2.50
16. — Cancionerillo de amor ..... » 2.50
17. — Retablo de Navidad ..... » 2.50
30. — Poetas argentinos en Montevideo ..... » 2.50

PAISAJES Y CIUDADES

3. — Las Pampas..... » 3.25
20. — El Norte..... » 3.25

MEMORIAS Y RECUERDOS

4. — Los Conversadores..... » 2.00

LEYENDA Y FOLKLORE

6. — Floresta de leyendas rioplatenses ..... » 2.50
11. — Alôs afro-brasileños, *por Newton Freitas* ..... » 2.50
15. — Mitos sobre el origen del fuego en América, *por Sir George James Frazer* ..... » 3.25
18. — Médicos, magos y curanderos, *por Luis Gudiño Kramer* .. » 2.50
31. — Pueblos Primitivos de Sudamérica ..... » 3.00

TEMAS Y DOCUMENTOS

10. — Los Morenos ..... $ 2.50
21. — Instantáneas de Historia, *por José Luis Lanuza* ..... » 2.50
26. — Problemas indígenas americanos, *por Enrique de Gandía* .. » 2.50
29. — Iconografía argentina, *por Alejo B. González Garaño* ..... » 3.25

BIOGRAFÍAS

12. — Autobiografía de Manuel Belgrano ..... » 2.50
13. — O'Higgins, *por Enrique Campos Menéndez* ..... » 2.50
23. — Los Braganza, *por Newton Freitas* ..... » 3.25
25. — Vida de San Martín, *por Eugenio Orrego Vicuña* ..... » 3.50
27. — El General Miranda, *por Carlos A. Pueyrredon* ..... » 3.00
32. — Vida de Brown, *por Héctor R. Ratto* ..... » 3.00
33. — Santa Rosa de Lima, *por Leopoldo Marechal* ..... » 2.75

Este libro se terminó de imprimir el día 14 de Agosto del año 1943, en la imprenta de Luis L. Gotelli, Azopardo 1071, de Buenos Aires